CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMATICA.

COLECCION DE OBRAS

REPRESENTADAS CON APLAUSO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE

PUNTOS DE VENTA EN MADRID.

D. José Cuesta, *calle Mayor.* D. Juan Diaz de los Rios. *calle de Carretas.*

CATÁLOGO *de las obras dramáticas de la propiedad del* CÍRCULO LITERARIO COMERCIAL, *estrenadas últimamente en los Teatros de esta corte.*

DRAMAS EN TRES Ó MAS ACTOS.

El triunfo del pueblo libre.
Napoleon en España.
Kuser ó los bandos de Holanda.
La Torre del Duero.
Magdalena.
La Pasion.
El hijo del ciego.
El castillo de Balsain.
Los Contrabandistas del Pirineo.
El Puente de Luchana.
Creo en Dios!
¡Las Jornadas de Julio.
Pedro Navarro.
Don Rafael del Riego.
La niña del mostrador.
La mano de Dios,
Remismunda.
¡Redencion!!
Rioja.
Muger y madre.
El curioso impertinente.
La aventurera.
La pastora de los Alpes.
Felipe el Prudente.
Dios, mi brazo y mi derecho.
El fénix de los ingenios.
Ricardo III.
Caridad y recompensa.
El donativo del diablo.
La hija de las flores ó todos estan locos.
El valor de la mujer.
La fuerza de voluntad.
La máscara del crímen.
La Estrella de las Montañas.
La ley de raza.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Andrés Chenier.
Adriana.
La ley de represalias.
El ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo.*
El Trovador, *refundido.*
Cristobal Colon.
Un hombre de estado.
El primer Giron.
El Tesorero del Rey.
El Lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Ultimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Dieo Corrientes.
El Bufon del Rey.
Un Voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el ministro.
Nobleza Republicana.
Mauricio el Republicano.
Doña Juana la Loca.
El Hijo del diablo.
Sara.
García de Paredes.
Boabdil el chico.
El Fuego del cielo.
Un Juramento.
El Dos de Mayo.
Roberto el Normando.

COMEDIAS EN TRES Ó MAS ACTOS.

La Escuela de los ministros.
Al pié de la letra.
El fondo y la corteza.
El Tesoro del Diablo
La Flor de la maravilla
El agua mansa.
Un infierno ó la casa de huéspedes.
El duro y el millon.
El oro y el oropel.
El médico de cámara.
Un loco hace ciento.
La tierra de promision
La cabra tira al monte.
Sullivan.
El peluquero de Su Alteza
La consola y el espejo.
El rábano por las hojas!
Tres al saco...
Un inglés y un vizcaino.
A Zaragoza por locos.
Los presupuestos.
La condesa de Egmont.
La escuela del matrimonio.
Mercadet.
Una aventura de Richelieu.
Deudas de honor y amistad.
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los millonarios.
Los cuentos de la reina de Navarra.
El hermano mayor.
Los dos Guzmanes.
Jugar por tabla,
Juegos prohibidos.
Un clavo saca otro clavo.
El Marido Duende.
El Remedio del fastidio.
El Lunar de la Marquesa.
La Pension de Venturita.
¡Quién es ella?
Memorias de Juan García.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.
La Ceniza en la frente.
Un Matrimonio á la moda.
La Voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y Hechicero.
A quien Dios no le dá hijos!..
La nueva Pata de Cabra.
A un tiempo amor y fortuna.
El Oficialito.
Ataque y Defensa.
Ginesillo el aturdido.
Achaques del siglo actual.
Un Hidalgo aragonés.
Un Verdadero hombre de bien.
La Esclava de su galan.
Pecado y expiacion.
¡Fortuna te dé Dios, Hijo!
No se venga quien bien ama.
La Estudiantina.
La Escala de la fortuna.
Amor con amor se paga.
Capas y sombreros.
Ardides dobles de amor.
El Buen Santiago.
¡Ya es tarde!
Un cuarto con dos alcobas.
¡Lo que es el mundo!
Todo se queda en casa.
Desde Toledo á Madrid.
El Rey de los Primos.
La caverna invisible.
Quien bien te quiera te hará llorar.
Marica-enreda.
Flaquezas y Desengaños.
La Amistad ó las Tres épocas.
El Diablo las carga.

EN DOS ACTOS.

Un ente como hay muchos.
Cornelio Nepote.
Los pretendientes del dia.
Los dos amores.
Deudas del alma.
Pipo ó el Principe de Moutecresta.
Las diez de la noche.
El Congreso de Jitanos.
El Preceptor y su muger.
La Ley Sálica.
Un casamiento por hambre.
Antes que todo el honor.
¡Un divorcio!
La hija del misterio.
Las cucas.
Gerónimo el Albañil
María y Felipe.

EN UN ACTO.

No se hizo la miel...
Los preciosos ridiculos.
Lo que al negro del sermon.
La Union carlo-polaca,
Pepiya la aguardentera.
¡¡Ingleses!!
Un fusil del Dos de Mayo.
Cuerdos y locos.

LA ESCLAVA DE SU GALAN,

COMEDIA EN TRES ACTOS,

DE LOPE DE VEGA,

refundida por

D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

N.º 68.

LIBRERIA DE GUESTA
CARRETAS 9 MADRID

MADRID:
IMPRENTA DE C. GONZALEZ, CALLE DE SAN ANTON, NÚM. 26.
1856.

714370

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/laesclavadesugal00vega_1

Esta obra es propiedad del CIRCULO LITERARIO COMERCIAL, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscriciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 8 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844, y 5 de Mayo de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que se estampará en cada uno de los legítimos.

PERSONAJES.

DOÑA ELENA.
DON JUAN.
DON FERNANDO.
DOÑA SERAFINA.
DON LEONARDO.
DON RICARDO.
PEDRO.
MATEA.
ALBERTO.
UN NOTARIO.—CABALLEROS.

La escena es en Sevilla.

ACTO PRIMERO.

Calle en que estan las casas de don Fernando y don Leonardo: esta, á la derecha del espectador, en primer término; aquella en el fondo, á la izquierda. Un banco á la puerta de la de Leonardo.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ELENA, *con manto.*—ALBERTO.

ALBERT. Hoy todo me maravilla,
cuanto á ver llego y á oir.
¡Tú, sin hablarme, venir
desde Triana á Sevilla!
¡Tú delante de la casa
de don Juan, tres cuartos de hora,
esperándole! Señora,
esto ya de tema pasa.
Ocasion de murmurar
estamos al pueblo dando,
y si nos vé don Fernando,
el padre del escolar,
bien que rebozada estés
y no nos conozca, haremos
que sospeche.

ELENA. No pondremos
en Sevilla ya los pies,
ni ha de sentarlos tampoco
don Juan en mi casa. Alberto,
para ese hombre, te lo advierto,
estraña soy ya.

ALBERT. Mas loco

me vuelve cada respuesta
que de tus labios escucho.
Algo habrá pasado.

ELENA. Mucho.

ALBERT. Eres juiciosa y honesta,
y aunque ignoro tu razon,
que debes tenerla infiero.

ELENA. Y grande.

ALBERT. Soy tu escudero:
callar es mi obligacion;
pero, señora, el afan
que sientes, me dá tal pena...

ESCENA II.

DON JUAN, *de estudiante*.—DOÑA ELENA.—ALBERTO.

ELENA. Ya vino por fin.

JUAN. ¡Elena!
¡Tú aquí!

ELENA. Te busco, don Juan.

JUAN. Pues ¿qué pasa? ¿Qué ocurrió?

ELENA. Voy á decirlo al momento:
atiende.

JUAN. Ya estoy atento.

ELENA. Y no me interrumpas.

JUAN. No.

ELENA. Yo soy hija, don Juan, de un hombre indiano,
hidalgo montañés, muy bien nacido;
tuvieron bajo el cielo mejicano
mis ojos luz, y mi niñez su nido.
Surcó segunda vez el Océano,
de patrio amor mi padre compelido,
y á España trajo, con alguna hacienda,
su consorte leal, su dulce prenda.
Sevilla se divide, como sabes,
por ese ilustre y caudaloso rio,
Guadalquivir, que de infinitas naves
aguanta el peso con pujante brio.
Crúzale un puente de maderos graves,
sin pies que toquen á su centro frio,

RBC/NcU

mano, que las dos partes divididas,
por un lado y por otro tiene asidas.
Por huir del tumulto ciudadano,
por habitar mas cerca de una hermana,
ó por otro motivo cuerdo y sano,
fué mi padre vecino de Triana.
Pagó por fin el venerable anciano,
y su esposa tras él, la deuda humana,
y quedé ni tan rica, ni tan pobre,
que el sustento ni me falte ni me sobre:
he vivido yo allí con tal recato,
que se puede escribir por maravilla:
solo con los de casa fué mi trato:
dos veces nada mas vine á Sevilla.
Pienso que asi mi condicion retrato,
pues á pesar de haber de orilla á orilla
paso tan breve á dividir las olas,
á la ciudad pasé dos veces solas.
En uno de estos dos aciagos dias,
huyendo del estudio los rigores,
tú, que tan libre como yo vivias,
viste en mí la ocasion de tus errores.
Seguisteme á Triana, y las porfías
de tus papeles ¡ay! engañadores,
aunque rasgué con desagrado algunos,
mostraron lo que vencen importunos.
Yo respondí, para decirlo en breve:
te respondí, y amé, porque entendia
que al nudo santo, que al honor se debe,
tu amor el pensamiento dirigia.
Ya es imposible que tu mano lleve
al ara conyugal la mano mia:
ya sé que fué tu amor fruto del ócio:
tú destinado estás al sacerdocio.
Me dicen que es de cinco mil ducados
la prebenda eclesiástica que tienes,
y que ya de tu padre los cuidados
te incitan sin cesar á que te ordenes.
Cierto que es el mejor de los estados,
y por él debo darte parabienes;
pero teniendo vocacion tan buena,
¿quién te mandó mirar á doña Elena?
¿Qué hombre de bien hubiera pretendido

á una jóven honrada, con engaños,
no debiendo casarse? Fementido,
¿merezco yo tan ruines desengaños?
¿O pensaste burlar mi amor vencido?
Pues si gastaras infinitos años
en locuras de amor, no me vencieras,
por mas astuto, por galan que fueras.
Esto acabó, don Juan: yo, como es justo,
no trato de impedirte que te ordenes:
fuera de ser de don Fernando gusto,
de renta cinco mil ducados tienes.
El engaño perdono, bien que injusto;
mas no esperes de mí sino desdenes,
que un pecho de traiciones ofendido
volando pasa desde amor á olvido.

JUAN. Has dicho algunas verdades,
Elena, que te concedo,
aunque sincerarme puedo
sin muchas dificultades.
¿Por qué, dime, te persuades,
que tu don Juan te engañó?
Cuando hablé contigo yo,
ni la prebenda tenia,
ni mi corazon sabia
mas que amar como te amó.
Mi padre alcanzó despues
la renta, de que yo estaba
libre cuando no buscaba
mas bien ni mas interés
que suspirar á tus pies.
Dios sabe si lo sentí;
y si parte no te dí,
fue porque no quise, Elena,
que partiéramos la pena
que era sola para mí.
¿Ves la renta? ¿Ves tambien
de mi padre el justo enojo?
Pues no le temo, y la arrojo,
aunque mil muertes me den.
¿Es esto quererte bien?
¿Te engañaré, si me obligo
para cumplir lo que digo?
En fin, si es prueba de fé,

yo todo lo dejaré
para casarme contigo.

ELENA. ¡Cielos!

JUAN. ¿Cabe mas fineza
por la mujer que se adora?
¿Dudarás ya, mi señora,
lo que estimo tu nobleza?
Dirás tú que es mas riqueza
ser Elena mi mujer,
y sabré yo responder
que aun mi propio ser perdiera,
si no siendo, ser pudiera
que fuera tuyo sin ser.
El que dejara por tí
el propio ser en que vive,
no es estraño que se prive
de lo que es fuera de sí.
Yo voy á hablar desde aquí
á quien licencia nos dé.

ELENA. Detente.

JUAN. Ya no podré.

ELENA. ¿Qué intentas?

JUAN. Tú lo verás.

ELENA. Mira...

JUAN. No aguardo ya mas.

ELENA. Mira por tí.

JUAN. ¿Para qué?

ELENA. ¡Tanta renta! ¿No es error?...

JUAN. ¿No has visto un niño que viene
á dar un doblon que tiene
porque le den una flor?
De igual manera mi amor,
como el ejemplo declara,
nada en el precio repara
si lo que vé le contenta:
es niño, y deja la renta
por el clavel de tu cara.
(*Vase.*)

ESCENA III.

DOÑA ELENA.—ALBERTO.

ELENA. Cuánto y con cuánta razon
arrogante debo estar,
júzguelo quién supo amar,
y amando llegó á dudar
y obtuvo satisfaccion.
ALBERT. Ya acabaron las rencillas:
alégrome por mi fe;
siempre en don Juan confié.
ELENA. Su esclava humilde seré,
que le sirva de rodillas.
Tiendas hay cerca de aquí:
feriémosle algo de nuevo.
¡Don Juan, por lo que te oi,
por la dicha que hoy te debo,
me vendiera yo por tí!
(Vánse.)

ESCENA IV.

DOÑA SERAFINA Y MATEA, *con mantos.*—DON RICARDO.

SERAF. No me habeis de acompañar.
RICARD. La vida, señora mía,
podeis, no la cortesía,
con ese desden quitar.
SERAF. No son las calles lugar
para tratar casamientos.
RICARD. Si se han de dar á los vientos
por vuestro injusto rigor,
¿desde dónde irán mejor
á sus propios elementos?
SERAF. Dejadme pasar.
RICARD. Teneos,
y no recibais enojos:

prometo por vuestros ojos
no hablaros de mis deseos.

SERAF. ¿Pues de qué?

RICARD. Vuestros empleos
materia darán sin mí.

SERAF. ¿Y qué me direis asi?

RICARD. Que no estais bien empleada.

SERAF. ¿Y estuviera mejorada
con vos?

RICARD. Presumo que sí.
No porque no haya en don Juan
muy grandes merecimientos;
pero vuestros pensamientos
¿dónde, Serafina, van,
si al cabo don Juan se ordena?
¿Qué suerte fatal condena
á una mujer principal
á que se quede tan mal,
que se quede con su pena?

SERAF. Yo, Ricardo, ya que os veo
conmigo tan declarado,
que en vez de vuestro cuidado
me hablais de mi propio empleo,
satisfaceros deseo.
Don Juan se crió conmigo,
fué su padre gran amigo
del mio, y lo es de Leonardo
mi hermano...

RICARD. Mas causa aguardo.

SERAF. ¿Qué mayor que la que digo?
Jóvenes, y de una edad,
¿es cosa, por Dios, tan rara,
que á lo mejor comenzara
su oficio la voluntad?
Al principio fué amistad
simple, de honesta ignorancia;
pero la perseverancia
juntó las cosas distantes,
y desde amigos á amantes
no hay un paso de distancia.
Queríame bien don Juan,
pagábale yo tambien;
pero en medio de este bien

(¡los bienes pronto se van!)
ó fué, como él es galan,
admitido de otra dama,
cuyas perfecciones ama,
ó yo le desagradé;
de todos modos yo sé
que me olvida y me desama.
Aqui viene la eleccion
de su padre, y aqui viene
pensar que el amor no tiene
amistad con la razon:
bien sé que mi pretension
ningun fin puede tener;
¿pero quién ha de poder,
amando, dejar de amar,
si hay tantas leguas que andar
desde amar á aborrecer?
Esta, pues habeis querido
saberla, fué la ocasion:
pude amar por la razon,
Ricardo, que habeis oido,
y echar no puedo al olvido
tantos años de amistad;
que hay mucha dificultad
en mudar el pensamiento,
cuando está el entendimiento
sujeto á la voluntad.

RICARD. Habeisme favorecido,
que un discreto desengaño
jamás hizo tanto daño
como un agrado fingido.
Yo voy muy agradecido
al bien que este mal me ofrece.
¡Contemplad si algo merece
quien le tiene por favor,
y si agradeciera amor
quien desengaño agradece!
Con esto, palabra os doy,
no de amaros, pues veo
ejemplo en vuestro deseo,
y en el mismo caso estoy,
sino de no hablar desde hoy
de mi fina voluntad,

ni estorbar vuestra amistad:
quered á don Juan, que es justo
porque no se ama con gusto
donde no hay dificultad.
Si yo venganza quisiera,
¿qué mayor que ver que amais
donde el amor que empleais,
venturas en vano espera?
Rogaré al tiempo que quiera
borrar del pecho que os ama,
la imágen con que se inflama.

SERAF. Otra mejor hallareis:
buscadla.

RICARD. ¿Vos lo quereis?

SERAF. Sí.

RICARD. Pretenderé otra dama.
(Váse.)

ESCENA V.

DOÑA SERAFINA.—MATEA.

SERAF. ¡Cortés caballero!

MATEA. Tanto,
que lástima le he tenido.
Fuerte desengaño ha sido.

SERAF. Me da mi rigor espanto;
mas no es tiempo de mirar
en lo que no puede ser.

MATEA. Notable cosa es querer.

SERAF. Mas notable es olvidar.

ESCENA VI.

DON FERNANDO.—DOÑA SERAFINA.—MATEA.

FERN. ¡Oh, vecina!

SERAF. ¡Oh, don Fernando!
¿Y don Juan?

FERN. Tan afanoso
con sus libros.
SERAF. Estudioso
mancebo!
FERN. Le estoy rogando
que huelgue un poco, y porfía
que ahora no puede ser,
porque presto ha de tener
un acto de teología.
Yo os confieso, Serafina,
que me asombro de que sea
tan esquivo, que ni aun vea
las gracias de su vecina.
SERAF. ¡Gran fortuna para vos,
que no le quereis seglar!
FERN. Hay causa particular
para consagrarle á Dios.
SERAF. Hablais de modo, que hareis
que sospeche algun misterio.
FERN. Le hay, Serafina, muy serio.
Quizás pronto lo sabreis.
SERAF. ¿Pronto?
FERN. Cuando la tonsura
reciba nuestro escolar.
SERAF. Mucho me dais que pensar.
(Sale don Leonardo.)
FERN. Vuestro hermano.

ESCENA VII.

Dichos.—DON LEONARDO.

SERAF. *(Para si.)*
¡Qué aventura!
(A don Fernando.)
¿Vos á un hijo vuestro dando
para quejarse razon?
¿Cómo guardais un teson
tan injusto, don Fernando?
FERN. ¡Yo!
LEONAR. ¿No se casa don Juan?

SERAF. ¿Don Juan?
FERN. No tal.
LEONAR. En secreto.
SERAF. ¿Cómo?...
FERN. Me poneis inquieto.
LEONAR. El y su fámulo estan
pidiendo, que por temor
vuestro, licencia le den,
sin que se amoneste.
FERN. ¿Quién
os lo ha dicho? Por favor...
LEONAR. El juez don Lope de Utrera.
SERAF. ¿Y ella quién es?
LEONAR. Mucho insté;
pero nada, no logré
que don Lope lo dijera.
FERN. ¿Y á él han acudido?
LEONAR. Sí,
y por él no habrá reparo.
Y encarga que os hable claro
para que cedais.
FERN. ¡A mí
tal perfidia!
SERAF. ¿Quién creyera?..
LEONAR. Vamos, debeis consentir...

ESCENA VIII.

Dichos.—DON JUAN.—PEDRO.

JUAN. *(Aparte á Pedro.)*
En fin, mandó recibir
nuestra informacion.
PEDRO. *(Aparte á su amo.)*
Espera,
que está mi señor aqui;
no entienda lo que tratamos.
SERAF. El viene...
FERN. ¡Vive Dios!
LEONAR. Vamos,
disimulad...

FERN. Lo haré asi.—
(*Reprimiéndose.*)
Don Juan.
JUAN. Señor.
FERN. Yo pensé
que aun repasando estabas
en la huerta.
JUAN. A ella me vuelvo
porque deseo que salga
este acto de teologia
para tu honor y mi fama.
FERN. ¡Bien dices! ¡Bien lo confirma
el cuidado con que andas
para casarte, pues ya
secreta licencia sacas!
PEDRO. (*Aparte.*)
¡Zape!
JUAN. ¡Yo, señor! ¿Qué dices?
PEDRO. (*Aparte.*)
Por san Gerundio que estaba
quando intravimus per portam,
soplaverunt en la sala!
FERN. Hombre, no recibas pena,
ni los colores te salgan
al rostro, porque los padres
yerran tal vez cuando tratan
de dar estado á los hijos.
Dime por Dios si te casas,
que cien mil ducados tengo,
tu padre soy. ¿Por qué causa
fias tu secreto á un mozo
y de tu padre te guardas?
JUAN. Señor...
FERN. No te turbes, dí.
PEDRO. (*Aparte á su amo.*)
Confiesa.
SERAF. Quizá se engaña
quien nos lo dijo.
LEONAR. Don Juan,
hablad sin miedo.
FERN. Despacha.
JUAN. Señor, si verdad te digo,
por tu gusto me ordenaba:

yo no soy para la iglesia:
tú me impediste que amara
á Serafina; mas hoy...
hoy... quiero ver á una dama.

SERAF. *(Aparte.)*
¡Ah pérfido!

JUAN. Es virtuosa,
es noble, y aunque es escasa
su fortuna, yo he de ser
su marido.

FERN. *(Arrebatado.)*
¿Esas palabras
han salido de tu boca
sin que yo te arranque el alma?
(Empuña la espada.)

JUAN. ¡Padre!

LEONAR. ¿Estais en vuestro seso?
¡Para vuestro hijo espada!

SERAF. Señor don Fernando...

FERN. Fuera:
lejos de mi vista: marcha.

LEONAR. Teneos.

FERN. ¿Qué he de tenerme?
Hijo vil, asi se hallan
cinco mil ducados?

JUAN. Vil
no creo ser.

FERN. Te lo llama
quien puede. Por los presentes
con la infame vida escapas;
pero vive ya por ti,
que la hacienda que pensaba
dejarte, de otro será.
Nada esperes de mí, nada.
(A Pedro.)
Vete tú con él.

PEDRO. Señor,
yo no me caso.

FERN. Si estampas
en mi umbral el pié, te cuelgan
de una reja.

PEDRO. *¿Qua de causa?*
¿Soy yo pierna de carnero?

LEONAR. Calla, no le irrites.
FERN. Vayan
al rollo de Ecija entrambos,
SERAF. Mirad, señor, que se para
gente á escuchar vuestras voces.
LEONAR. Venid, señor, que ya basta.
(Llévase á don Fernando á casa de este.)
JUAN. ¡Serafina!
SERAF. Adios: teneis
merecido lo que os pasa.
(Váse con Matea.)

ESCENA IX.

DON JUAN.—PEDRO.

PEDRO. ¡Buenos quedamos!
JUAN. ¿Qué quieres?
El amor con la desgracia
se prueba.
PEDRO. Si fuera amor
persona, como es fantasma,
¡qué de veces ya le hubiera
pegado de cuchilladas!
¿Al rollo de Ecija un hombre
que mañana se ordenaba?
¿Y qué hacemos?
JUAN. Qué sé yo?
PEDRO. Las puertas cierran.
JUAN. Cerradas
debe de tener tambien
quien las cierra las entrañas.
PEDRO. ¡Estás cerca de llorar!
JUAN. ¿Pues de eso, Pedro, te espantas?
¡Ayer carroza, criados,
casa, hacienda, padre, galas,
y hoy cerradas esas puertas!
PEDRO. Presto se abrirán si llamas,
diciendo que te arrepientes
y que te ordenen mañana.
JUAN. Aunque un reino me ofrecieran,

de proseguir no dejara
el casamiento de Elena.

PEDRO. Una tramoya nos valga.

JUAN. ¿Cuál?

PEDRO. Haz el desesperado,
finge que te vas á Italia
y entra á pedirle la vénia;
que es padre, y le hará en el alma
cosquillas la ausencia.

JUAN. He visto
gran rigor en sus palabras.

PEDRO. No creas en esas furias:
pídele la mano, y saca
por fuerza una lagrimilla
que se la moje al tomarla,
y tú le verás mas tierno
que una cocida patata.

JUAN. ¿Y si no puedo llorar?

PEDRO. Untate las bocamangas
con cebolla (en el bolsillo
tengo una pintiparada),
haz que te limpias los ojos
con la mano, y eso basta
para que llores seis dias.

JUAN. ¡Oh, Elena! ¡Oh bien empleada
pena! Ayude tu hermosura
el ánimo, que desmaya
con lo que pierdo por ti.
(Por las ventanas de casa de don Fernando tiran á la calle varias ropas, libros, etc.)

PEDRO. Ya arrojan por las ventanas
tus vestidos.

JUAN. ¿Hay tal cólera?

PEDRO. Anda la mar alterada
y aligeran el navío.
Voy á buscar mi sotana.

JUAN. ¡Ay, que se me han de perder
de doña Elena las cartas
y una cinta de cabellos!

PEDRO. ¡Qué joyas!

JUAN. Joyas del alma.

PEDRO. ¡Cierto que hay almas tenderas,
pues andan siempre cargadas

de cintas y de papeles!

JUAN. ¡Ay mi Elena!

PEDRO. ¡Ay sopalandas!

JUAN. ¡Ay papeles!

PEDRO. ¡Ay gregüescos!

JUAN. ¡Ay mis cintas!

PEDRO. ¡Ay mis calzas!
¡Ay que por allá se queda
mi bolsa! ¡Fabio, Tomasa!
(Llégase á la puerta.)
¡Mi bolsa! ¡Ay!
(Viendo salir á don Fernando, se acerca á don Juan.)

ESCENA X.

Dichos.—DON FERNANDO.—DON LEONARDO.

FERN. Creed, Leonardo,
que le hablaré con sosiego;
pero firme.

LEONAR. Vendré luego
á veros.

FERN. Bien, os aguardo.
(Váse Leonardo.)

JUAN. *(A Pedro.)*
¿Qué haces tú?

PEDRO. Darte cebolla.

FERN. *(A don Juan.)*
Mozo.—Vos.

PEDRO. *(A don Juan.)*
¿Por qué no avanzas?

FERN. *(Mostrando unos papeles.)*
Esto le traigo.

PEDRO. *(Aparte.)*
Libranzas
serán: salvamos la olla.

JUAN. ¿Mozo me llamas, señor
en vez de hijo?

FERN. Ese nombre
no debe dársele al hombre

que es indigno de mi amor.

JUAN. A Flandes me iré á morir
entre fieros enemigos,
pues que no supe entre amigos
en tu obediencia vivir.

FERN. Muy bien hecho: ello no creas
que me has de volver á ver.

JUAN. Quizá pronto has do saber
mi muerte, si la deseas.
Pero siquiera, señor,
porque me has criado, mira
que no es nobleza la ira,
y el perdonar es valor.
Solo te pido la mano:
merezca tu bendicion.

FERN. Donde no se da perdon,
es la bendicion en vano.

JUAN. Pero ¿es posible, señor,
que me dejeis ir así?

FERN. ¡Y qué! ¿Te parece á tí
que me has dejado mejor?

PEDRO. *(Aparte á su amo.)*
A la cebolla, que ya
presumo que se enternece.

JUAN. ¡Padre!

FERN. Ese nombre enfurece
á quien ofendido está.

JUAN. En fin, ¿me dejais así?

FERN. No hay remedio.

JUAN. ¡Qué rigor!

PEDRO. A la cebolla, señor.

FERN. Vete, pródigo.

PEDRO. Alto ahí.
Al hijo pródigo el padre
benigno le perdonó.

FERN. Tambien le imitara yo;
mas no es posible que cuadre
aquí la comparacion,
que aquel vino arrepentido.

PEDRO. Despues de haber consumido
su caudal sin aprension.

FERN. Era su caudal: mi hacienda
puede no ser de don Juan.

JUAN. Señor...
FERN. Ese perillan
échese á un lado, no entienda
lo que hablemos.
(Don Juan manda á Pedro que se retire y él vá recogiendo todas las prendas de vestir que hay tiradas por el suelo, hace un lio, y se lo lleva.)

ESCENA XI.

DOÑA ELENA *y* ALBERTO *al paño.*—DON FERNANDO. —DON JUAN.

ALBERT. Tu estudiante
y su padre.
ELENA. Esperaremos.
(Quédanse escuchando.)
FERN. Rienda puse á mis estremos
por haber gente delante;
mas ya diré sin reparo,
por qué te quise ordenar,
y en pena de rehusar
tu bien, de mí te separo.
Sabe que en mi edad fogosa
marido culpable fui.
JUAN. ¡Cielos!
FERN. Aunque el ser te dí,
no naciste de mi esposa.
ELENA. *(Aparte.)*
¡Qué es lo que oigo!
JUAN. ¿Ya qué aguardo
tras palabras tan crueles?
FERN. Examina esos papeles,
y verás que eres bastardo.
JUAN. ¡Yo bastardo! ¡yo que estaba!...
FERN. Lleno de orgullo y bambolla.
Pues tu madre fue criolla;
pero no libre, fue esclava.
JUAN. ¿Es culpa mi nacimiento
que se me deba imputar?
FERN. No: bien me la haces pagar:

es mia y harto lo siento.
En fin, yo te lo oculté
por no darte pesadumbre:
fuiste de mis ojos lumbre,
riquezas te preparé
y honras en la jerarquía,
que yo, con fatal error,
creí ser la que mejor
á un bastardo convendria:
tú de ventajas tan grandes
te privas: anda con Dios:
no es bueno para los dos
vivir juntos: vete á Flándes,
y al punto, que (sin rebozo
te lo digo) si me estás
mañana aqui, te verás
metido en un calabozo.
Justicia hallaré, que airada
me vengue de un hijo ingrato,
mal nacido y mojigato,
que ya para mí no es nada.
Y por si de pena muero,
como es regular, al cabo,
he de comprar un esclavo
y le he de hacer mi heredero.
(Váse.)

ESCENA XII.

DOÑA ELENA.—DON JUAN.—ALBERTO.

JUAN. ¡Justo Dios!
ELENA. *(Saliendo.)*
¡Don Juan!
JUAN. ¡Bien mio!
ELENA. Todo lo sé; pero alienta.
JUAN. Mi padre...
ELENA. ¿Quién se amedrenta
por eso? ¡Buen desvario!
Valor.—Para que se ataje
toda esa furia primero,

vé á Madrid; toma el dinero
(Dale un bolsillo.)
que para ferias me traje.
Por amar á una muger
te desheredan, está
bien: esa muger hará
que vuelva todo á su ser.

JUAN. ¿Tú?

ELENA. Yo. Parte. Adios.

JUAN. Detente.

ELENA. No, marcha.

JUAN. Oye.

ELENA. Haz lo que mando,
y escribe. Adios.

JUAN. ¿Hasta cuándo?

ELENA. Ello dirá. Viene gente.

JUAN. Adios.

ELENA. Adios.
(Váse Elena con Alberto.)

ESCENA XIII.

DON JUAN.—DOÑA SERAFINA.—DON LEONARDO.—PEDRO.

PEDRO. Señor, oye, mira:
cuando de ti me aparté...

SERAF. Yo, don Juan, yo le llamé.
Vuestro padre está con ira:
mi hermano y yo le hablaremos,
luego que esté mas tranquilo...

LEONAR. Entre tanto, por asilo
tened nuestra casa.

SERAF. Entremos.

JUAN. Voy á partir á Madrid.

LEONAR. Bien: partireis desde casa.

SERAF. Venid.

JUAN. No sé que me pasa.
No, no.

SERAF. } Sí, venid, venid.
LEONAR. } *(Llévansele.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN, *de camino, sentado en el banco que hay á la puerta de casa de don Leonardo. El mismo* LEONARDO.—PEDRO.

JUAN. Mal me fué.
LEONAR. No es maravilla.
JUAN. Mis fuerzas se han agotado.
Enojos de un padre airado
me sacaron de Sevilla,
y vuélvenme los deseos
de una ocasion, á saber
qué fin puedo prometer
á mis dudosos empleos,
para que vos, á quien tiene
respeto por amistad,
venzais la dificultad
que contra mí le previene.
LEONAR. Llegais enfermo, don Juan;
bueno es reponeros antes.
JUAN. ¿Y mi padre?
LEONAR. Estos instantes
no son...
JUAN. Responded.
LEONAR. ¡Qué afan!
Ya os daré cuenta cumplida.
JUAN. No os teneis que detener.
LEONAR. Dudo que podais volver

con vuestro padre en la vida,
porque desde que á la corte
os fuisteis, lo he procurado;
pero con su pecho airado
no hay medio humano que importe:
antes de continuo jura
que un esclavo ha de buscar,
y al morir le ha de dejar
su hacienda.

JUAN. ¡Estraña locura!
Hágame su esclavo á mí.

PEDRO. No, sino á mí, que podrá
con mas propiedad.

JUAN. ¿Y está
muy airado?

LEONAR. Ayer le ví,
le hablé por vos, y fué vana
diligencia.

PEDRO. Es un Neron.

JUAN. *(Triste.)*
¡Aquel era mi balcon!

LEONAR. Voy á avisar á mi hermana.
(Váse.)

ESCENA II.

DON JUAN.—PEDRO.

JUAN. ¡Ay, Pedro, perdido soy!
¿Sabes tú lo que ha pasado?

PEDRO. Lo que me ha pasado á mí
con la hermana de su hermano,
eso bien lo sé por cierto
que me holgaré de olvidarlo;
lo demas no: tú te fuiste,
yo me quedé.

JUAN. ¡Cielo santo!
Lo estoy viendo, y á mis ojos
la fe les estoy negando.
¿Viste á doña Elena tú
despues que nos separamos?

PEDRO. Porque no la descubriese
tu padre, y la hiciera blanco
de sus iras, convinimos
en que yo, sin un recado
suyo, no tratase nunca
de verla.

JUAN. ¡Y bien! ¿qué?

PEDRO. Que en tanto
tiempo nunca me avisó.

JUAN. ¡Ah! Todo se dá la mano.
Presintiólo el pecho mio;
ciertos fueron sus presagios.
¡El fatal viaje á Madrid
me pareció tan estraño!
¿Por qué marchar yo tan pronto?
Por qué no partir entrambos?
Llego á Madrid, se lo aviso
á Elena, su carta aguardo,
recíbola, leo, y díceme
que tiene un plan entre manos,
que tardará un mes ó dos
en producir resultados,
y que entre tanto en Madrid
me aguarde, hasta ser llamado.
Esto era muy sospechoso,
y era, sobre todo, largo.
Contesto que así lo haré,
monto al instante á caballo,
derecho á Triana llego,
en casa de Elena llamo...
y Elena no estaba allí,
ni criada ni criado
suyo: parece que ayer
mismo, segun me informaron,
su gente por uno, y ella
y Alberto por otro lado,
se fueron, y nadie sabe
la direccion que tomaron.

PEDRO. *Malorum*, dijo un doctor,
al ver un amortajado.

JUAN. Desde entonces yo no sé
qué es de mí: no sé qué hago,
no sé cómo vivo: ¡ay! esta

es la enfermedad que traigo.

PEDRO. Animo, ¡Voto á Carranque!
Vayan á espulgar un galgo
las pesadumbres. ¡Elena,
viéndote desheredado,
te dejó! Bien, no ha de ser
toda mujer un milagro
de firmeza.

JUAN. Todas tienen
corazon interesado:
ninguna es capaz de amar
como nosotros amamos.

PEDRO. Perdóneme tu merced:
aunque te ve sin un cuarto
Serafina, te conserva
inclinacion, sin embargo.

JUAN. Yo á ella no.

PEDRO. ¡Qué de preguntas,
qué de instancias y regalos
me ha hecho para sacarme
quién era tu dama!

JUAN. Vamos,
tú me vendiste.

PEDRO. No, gracias
á un capricho estrafalario,
pude salvar tu secreto.
Viéndome tan acosado,
le dije un dia: «Señora,
la verdad es que mi amo
pensaba casarse; pero
lo demas ha sido engaño,
dispuesto para ver cómo
lo tomaba don Fernando.
Don Juan no tenia aun
su casamiento tratado:
para tratarle aguardaba
el paterno beneplácito;
y como se le negó,
calló su intencion: mas claro,
la hermosa dama, á quien él
pensaba pedir la mano.
y á quien el nombre de Elena,
por darle alguno, aplicamos,

eres tu misma.

JUAN. Eso has dicho?
á Serafina, malvado?

PEDRO. Eso, y ahora me alegro
infinito.

JUAN. No te mato,
porque....

PEDRO. Porque te conviene
mi embuste. Y es necesario
que no le desmientas.

JUAN. ¿Yo?

PEDRO. Si te ves abandonado
por la Elena verdadera,
sin casa, ni hogar, ¿qué diablos
has de hacer?

JUAN. Morir.

PEDRO. Bien, muere;
pero ten juicio entre tanto.

ESCENA III.

DOÑA SERAFINA.—DON JUAN.—PEDRO.

SERAF. Don Juan, mucho te agradezco
el que hayas aquí venido,
si necesidad no ha sido.

PEDRO. ¡Señora!

JUAN. *(Picado.)*
Muy bien merezco
se me hable de tal manera.
No te quiero molestar.
Adios.

PEDRO. Ten, loco de atar.

SERAF. *(Deteniéndole.)*
Don Juan.

JUAN. Nada escucho.

SERAF. Espera.

PEDRO. *(A Serafina.)*
No le ocurre al enemigo
tratarle cual tú le tratas.
¡Hay mujeres mas ingratas...

SERAF. El es ingrato conmigo,
que yo...
PEDRO. Si andais con reparos,
no habrá paz.
SERAF. Pues oye.
JUAN. Suelta.
PEDRO. Ya don Juan está de vuelta,
ya es ocasion de esplicaros.
(A don Juan.)
Yo, contra tu voluntad,
he dicho...
SERAF. Sí, dijo cosas...
PEDRO. *(A Serafina.)*
¡Oh! para tí muy honrosas.
SERAF. Pero que no son verdad.
Si don Juan me quiso á mí,
cambió despues de querer:
otra le obliga á correr
loco de aquí para allí.
PEDRO. Eso es lo que tú has creido.
Desengáñala, señor.
JUAN. Serafina...
(Ap. á Pedro.)
Enredador,
¡mira en lo que me has metido!
PEDRO. Señor, ¿has de desmentirme?
JUAN. *(Aparte.)*
¡Bellaco!
SERAF. *(Queriendo irse.)*
No mas.
PEDRO. Amaina,
señora: no mires zaina
por Dios, á un hombre tan firme.
Mi amo peca de mirado;
mas no es justo que le venza
su inoportuna vergüenza,
y calle lo que ha pasado.
El ya es pobre; tú eres rica,
y gustas de la igualdad:
por esto solo...
SERAF. *(A don Juan.)*
¿Es verdad?
PEDRO. Pues, por eso no se esplica.

Mas yo sé... ¿no he de saber?
de fijo, que eres la hermosa
que él escogió para esposa.

SERAF. ¿Yo soy?

PEDRO. ¿Pues quién ha de ser?
¿Te dijo quizá tu hermano
que fuese otra? ¿O hay un hombre
que sepa siquiera el nombre?

SERAF. ¿Luego yo me quejo en vano?

PEDRO. *(A su amo.)*
Dí, ¿no es esta la mujer
con quien *te debes* casar?
¿Tienes otra á quien mirar?
Responde: vamos á ver.

JUAN. ¡Ah! no: tú sola...

PEDRO. *(A Serafina.)*
¿He mentido?

SERAF. Con esa declaracion
ya no dudo: en conclusion,
amor la culpa ha tenido
de que hoy os muestre aspereza.
Como antes ví la mudanza.
era la desconfianza
justa.

JUAN. Ofendi tu belleza:
perdóname.

SERAF. Siento haberos
recibido con desden.

PEDRO. Le cuesta el quererte bien
sacrificios verdaderos,
y muchos: honor, haber,
gusto, y por poco la vida.

SERAF. ¡Vos vereis qué agradecida
soy, si soy vuestra mujer!

JUAN. Mas bien yo...

SERAF. Mi hermano viene:
no puedo ahora decir
lo que habré de remitir
al alma que dentro os tiene.
En ella y el corazon,
como en oculto lugar,
podremos despues hablar
de la dulce confesion

con que me habeis consolado.
Vuestra eternamente soy.

ESCENA IV.

Dichos.—Leonardo.—*Despues* Don Fernando.—Fabio.

Leonar. Don Juan, ¿no venís?
Juan. Ya voy.
Leonar. Por Dios que estais descuidado.
Reparad.
(*Señalando á don Fernando y Fabio que salen.*)
Juan. ¡Mi padre! ¡Ay triste!
Leonardo, adios: no me vea.
(*Vanse Juan, Serafina y Pedro.*)
Fern. (*Hablando con Fabio.*)
No te espantes, que no crea
lo que dices. ¿Tú le viste?
Fabio. Digo, señor, que le ví.
Fern. Señor don Leonardo, Fabio
dice, que para mi agravio,
está aquel villano aquí.
Leonar. Aquí está, que le han traido
pobreza y enfermedad:
no cerreis á la piedad
por tanto tiempo el oido;
que ya toca en vuestro honor
favorecer á don Juan.
Fern. ¡Gentil favor le darán
su perfidia y mi furor!
Dejémoslo, que en llegando
á hablarme por él, me pierdo.
Leonar. Vos, como prudente y cuerdo,
vereis, señor don Fernando,
lo que en esto habeis de hacer:
yo entre tanto, y perdonad,
cumpliré con mi amistad
en no dejarle perder.
A mi casa le he traido,
donde le quiero cuidar.

FERN. Haréisme un grande pesar,
y que no lo hagais os pido:
que estais muy cerca de mí,
ó mudaréme por Dios.
FABIO. La vecindad de los dos
¿en qué te hace ofensa á ti?
FERN. ¿No podrá ser que le vea
alguna vez?
FABIO. Ya, señor,
es ese mucho rigor.
LEONAR. Y no habrá nadie que os crea
de tan duro corazon.

ESCENA V

Dichos.—DOÑA ELENA *con un clavo pintado en la barba.*—ALBERTO, *de capitan.*

ELENA. *(Hablando en el fondo aparte con Alberto.)*
Dile si quiere comprarme.
ALBERT. (*Adelántase.*)
Mucho voy á aventurarme.
Don Fernando de Alarcon
¿vive por aquí, señores?
FERN. Yo soy.
LEONAR. Aunque airado esteis
con don Juan, no os enojeis
con sus favorecedores.
(*Váse.*)
ALBERT. Yo, señor, soy capitan
de navío...
FERN. (*Aparte.*)
¿Mas qué viene
á decir que me conviene
favorecer á don Juan?
ALBERT. Habiendo sabido que
andais buscando un esclavo
de prendas tales, que pueda
la tristeza consolaros
de un hijo que habeis perdido,
porque se fué á ser soldado;

y creyendo que es lo mismo
hembra ó varon para el caso,
os traigo una esclava, como
no podeis imaginaros.

FERN. Un esclavo era mi antojo;
pero tampoco reparo,
como me guste, que sea
esclava.

ALBERT. Es tal, que no hallo
á que poder compararla,
sino á su precio, que es tanto,
que dice bien su valor.

FERN. ¿Es negra?

ALBERT. ¡Bah! Yo no trato
en género de esa pinta.

FERN. ¿Mulata?

ALBERT. Tampoco.

FERN. Aguardo,
que sea.

ALBERT. Es india oriental.

FERN. ¿Es mora?

ALBERT. La cristianaron
hace tiempo: un mercader,
segun pienso, americano,
la llevó desde Malaca
á Méjico: se la trajo
á Portugal, y alli yo
la compré bien cara, estando
en Lisboa.

FERN. Pues, veamosla.

ALBERT. Bárbara, ven.
(Adelántase doña Elena.)

FERN. Es retrato
de aquella reina de Persia...

ELENA. *(Arrodíllase.)*
Dadme, señor, vuestras manos.

FERN. Hija, no esteis en la tierra:
la fortuna os hizo agravio.
¡Notable mujer!

FABIO. ¡Famosa!

FERN. ¿Es el precio?

ALBERT. Mil ducados.

FERN. Bien dijísteis que en el precio

se veria, y se ve claro,
su valor.

ALBERT. No os admireis,
que donde son mas baratos
los esclavos, me los daban
por ella: es de ingenio claro,
por comenzar por el alma:
el cuerpo estáisle mirando:
no tengo que encarecerle;
los ojos son desengaño.
Canta, baila, cuenta, escribe,
y es con notable regalo
admirable conservera:
os enterareis despacio,
si gustais de que la deje.

FERN. *(A Elena.)*
¿Cómo te llamas?

ELENA. Me llamo
Bárbara, y no por gentil.

FERN. La advertencia me ha gustado.
Ya sé que eres de los nuestros.

ELENA. Muy vuestra; y, si no me engaño,
lo seré mas todavia.

FERN. ¿Y quién te puso ese clavo
en la barba?

ELENA. Mi primer
dueño.

FERN. No fué muy humano
contigo.

ELENA. ¿Qué quereis? Fué
presumir, amenazando,
rendir mi pecho á su gusto:
engañóse el temerario:
me manchó el rostro, no el alma;
y como esta marca traigo
en señal de mi entereza,
lunar de mi honra la llamo;
que como ponen blasones
los que empresas acabaron,
por armas puso mi honor
hierro negro en campo blanco.

FABIO. ¡Lo que sabe!

ALBERT. *(A don Fernando.)*

Ya lo veis.

FERN. ¡Y cómo habla el castellano!

ELENA. Lo aprendí desde chiquita.

FERN. Pues, hija, bien te enseñaron.
¿Eras en tu tierra esclava
ó libre?

ALBERT. Si es hija-dalgo,
señor.

ELENA. *(Aparte á él.)*
¡Necio!

FERN. ¿Tambien hay
nobleza entre los indianos?

ELENA. Hay diferencia de castas.
(Aparte.)
Dios me tenga de su mano.

FERN. Habiendo nacido libre,
¿cómo cambiaste de estado?

ELENA. ¡Ay, señor! ¡Me preguntais
un suceso tan amargo!...

FERN. Para saber lo que compro,
conocer es necesario
tu vida: con que dí.

ELENA. Yo
viví mis primeros años
con mucho encierro; mas luego
que mis padres me faltaron,
fue menor.

FERN. Es de creer.

ELENA. Ví un mancebo muy gallardo,
y... y...

FERN. ¿Te prendaste de él?

ELENA. Y él de mí. Para casarnos
se entiende.

ALBERT. Tambien allí
hay su matrimonio.

FERN. Estamos.

ELENA. Pero el padre de mi amante
se opuso á que nos casáramos
por hacer faquir á su hijo.

FERN. ¡Qué capricho tan estraño!

ELENA. Faquires son unos hombres,
que sirven á Dios... ó al diablo...
porque como son gentiles...

FERN. Sí, ¡pobres! Compadezcámoslos.
ELENA. Comen poco y mal, van casi
desnudos, andan pelados,
duermen en pié, se deshacen
las carnes á latigazos,
se pinchan, se queman... ¡Ay!
no podeis vos figuraros
qué angustia era para mí
considerar que mi amado
habia de padecer
aquello: ¡un mozo tan blanco,
tan rubio, hecho desde niño
á blanduras y regalos!
Todo menos consentirlo,
dije yo.
FERN. Muy bien, lo aplaudo.
Vaya, ¿y qué hicísteis?
ELENA. Habló
al padre el pobre muchacho,
le dijo que me queria:
se enfadó el rígido anciano,
y le quiso matar.
FERN. ¡Oh!
¡qué horror!
ALBERT. ¡Id considerando
qué gentes hay por allá!
FERN. Gentes sin bautismo, al cabo.
ELENA. Y como allí son los padres
dueños de los hijos, tanto
que los pueden castigar
á su gusto, le llevaron
al pobre mozo á la cárcel
por órden del viejo airado,
y... por libertarle yo...
vendí mi casa y sus trastos...
era poco... y me vendí
yo misma.
FERN. ¡Qué noble rasgo!
Dios te le premiará.
ELENA. Ya
quizá me lo está premiando.
FERN. ¿Y el galan?
ELENA. El... nada supo...

FERN. ¿No?
ELENA. ¿Lo hubiera tolerado
si lo supiera? Enfermó...
Dios sabe. ¿A qué molestaros
con la relacion?... Mi dueño
me embarcó... en fin, se lograron
mis intentos: yo salvé
á mi amante, y este lauro
nadie me le quita.
FERN. ¡Que haya
padres tan desapiadados!
ELENA. Aqui es otra cosa, aquí,
¿verdad, señor don Fernando,
que no hay padres asi?
FERN. Suele
aqui alguno pecar algo
de duro; pero le pesa.
Ahora bien, cuando me agrado
de una cosa, pocas veces
en el dinero reparo:
para mis gustos le tengo.
Dime pues, Bárbara, ¿cuánto
pagó por tí el capitan?
ELENA. Señor, mientras es mi amo,
no puedo contradecirle;
despues que me hayais comprado,
os lo diré, como á dueño.
FERN. ¡Qué discrecion!
ALBERT. Si llegamos
á confirmar el convenio,
sean quinientos ducados,
que me costó cuatrocientos.
FERN. Eso daré yo.
ALBERT. Subamos
á contarlo todo en plata.
FERN. En oro podeis contarlo,
porque es dar oro por oro.
ALBERT. Negocio hecho.
(Aparte.)
Triunfamos.
FERN. Bárbara, no á ser esclava
te quedas, porque en tí aguardo
cobrar el amor de un hijo,

que por loco y por ingrato,
faquir mereciera ser
en tu tierra.

ELENA. Sin embargo,
permitidme que haga cuenta
que por él llevo este clavo,
pues sirviendo á vos por él,
esclava seré de entrambos.

FERN. Venid, pondremos el pliego.
(Vánse don Fernando y Alberto, hablando en voz baja.)

ELENA. *(Aparte.)*
¡Lo que habré disparatado!

ESCENA VI.

DOÑA ELENA.—FABIO.

FABIO. Tendrán que hacer escritura:
ven, Bárbara, por si quiere
verte el escribano.

ELENA. *(Aparte.)*
Hoy muere
mi libertad, y asegura
la eterna fama que adquiere.
(A Fabio.)
Preguntar he menester
algo, si en casa me quedo,
acerca de ella, y saber,
(porque errar términos puedo)
con quién los debo tener.
¿Hay señora?

FABIO. No hay señora.

ELENA. ¿Hijos?

FABIO. Uno.

ELENA. ¿Edad?

FABIO. Mancebo.

ELENA. ¿Qué estado?

FABIO. El estado nuevo,
porque cierta pecadora
le ha puesto en los ojos cebo.

Cerca de clérigo estaba;
mas quiere casarse.

ELENA. ¿El nombre?

FABIO. Don Juan.

ELENA. Me lo figuraba.
¿Es galan?

FABIO. Es gentil-hombre.

ELENA. Peligro corre la esclava.

FABIO. No corre, que no está en casa.

ELENA. ¿Cómo?

FABIO. Su padre le echó,
no mas que por que se casa.

ELENA. ¿Por eso?

FABIO. ¿Es poco?

ELENA. ¿Pues no?
Como eso en el mundo pasa.
¿Quién hay mas?

FABIO. La cocinera,
y la que á don Juan crió.

ELENA. Ama-dueña.

FABIO. Y hechicera
sobre dueña.

ELENA. ¿Y vos?

FABIO. ¡Oh! Yo
soy señor de la cochera.

ELENA. Sois hombre muy importante.

FABIO. Y otras veces voy mejor.

ELENA. ¿Sí?

FABIO. Soy con plaza de infante,
víspera de mi señor,
porque voy siempre delante.
¿Sabes que me das deseo,
sí tal, por vida de entrambos,
de ministrar himeneo?

ELENA. Si miras con ojos zambos.

FABIO. Son señas de regodeo
Y en prueba...
(Vá á tomarle la mano.)

ELENA. Tened la mano.
(*Le dá.*)
porque os daré...

FABIO. Ya es despues.

ELENA. Yo no aviso mas temprano.

FABIO. Barbarilla me sois.
ELENA. Es
arranque de estilo indiano.
Usase esto por allí.
FABIO. Pues despídome de ti.
ELENA. (*Aparte.*)
¡Buenas mis locuras van!
Yo me vendo por don Juan.
¿Hay mas que pedir de mí?

ESCENA VII.

Dichos.—DON FERNANDO, *que sale de su casa con* ALBERTO.

ALBERT. Pagado... ya eres agena,
Bárbara: por amo ten
al señor.
ELENA. Sea para bien.
ALBERT. Adios.
ELENA. Id enhorabuena.
FERN. Y contad con un amigo.
(*Váse Alberto.*)
ELENA. (*Aparte.*)
Esto es hecho.
FERN. Ea, ¿qué dices?
ELENA. Que espero dias felices,
si daros gusto consigo.
FERN. Tan contento estoy de ti,
Bárbara, que desde hoy
eres lo mismo que soy.
ELENA. Cuanto hizo en contra de mí
hasta ahora la fortuna,
perdono gustosamente,
sino es que de nuevo intente
de este bien mudanza alguna,
ya que por fin me ha traido
á servir á un caballero
de quien mi remedio espero.
FERN. Bárbara, mi dicha ha sido:
y como lo siento, asi
lo quiero manifestar;

las llaves te voy á dar
de todo, rige por mí
criados, casa y hacienda:
tanto de tu entendimiento
y virtud estoy contento;
y porque mejor se entienda
que lo menos que te fio
es eso, escucha y sabrás
lo que á mí me importa mas,
todo el pensamiento mio.
Yo tengo un hijo...

ELENA. Ya sé
todo el suceso del hijo
que teneis, que me lo dijo
Fabio, porque pregunté...

FERN. Este, pues, inobediente,
estando para ordenarse,
dió en que habia de casarse,
y ausentóse cuerdamente,
que si no... le atropellara.
Despues á Sevilla vino,
y está en casa de un vecino,
que á mi disgusto le ampara.
Entre todos los enojos
que me ha dado este rapaz,
anda amor metiendo paz,
porque es la luz de mis ojos.
Yo finjo que le aborrezco,
y nadie sabe de mí
esto que fio de tí.

ELENA. Dios sabe que lo merezco.

FERN. Quiero, porque me han contado
que viene enfermo y perdido,
que tú, como que has querido,
viéndome con él airado,
cuidar de su enfermedad,
cual á hijo de tu señor
le veas, y de mi amor
sustituyas la piedad.
Las llaves tendrás, y tienes
discrecion: á regalarle
atiende, sin declararle
que vas de mi órden, y vienes

si no por tu obligacion;
que sé que, en viendo á don Juan,
tan entendido y galan,
dirás que tengo razon.
No hay mozo en toda Sevilla
(no lo digo como padre)
mas gallardo: fue su madre
de Méjico maravilla,
con ser humilde mujer;
que á la verdad, otro amor
mas puro y suerte mejor
era digna de tener.
En fin, tú le has de llevar
(pero sin nombrarme á mí)
unas camisas que aqui
quedaron por acabar.
Y toma en esta bolsilla
cincuenta escudos, que está
pobre, y no los hallará
sobre prendas en Sevilla.
Pienso que me has entendido.

ELENA. ¿Y cómo, señor? Muy bien;
y de camino tambien
de veras he agradecido
la confianza que haceis
de esta humilde esclava vuestra.
En lo demas, bien se muestra
que piadoso procedeis
como padre, imitacion
del verdadero desvelo.

FERN. Si tú con discreto celo,
pues se ofrecerá ocasion,
le pudieras persuadir
que no pensara en casarse
y tratára de ordenarse,
no le dejes de advertir
lo que ganará conmigo.

ELENA. Señor, ¿cómo podré yó,
sabiendo que no bastó
vuestro enojo ni castigo?
Pero con todo, prometo
hablarle de esto, y muy bien.

FERN. Voy á mandar que te den

las camisas en secreto,
que ya acabadas estan;
y si en este amor reparas,
yo sé que me disculparas
si hubieras visto á don Juan.
Y quiero que se te acuerde,
mirándonos á los dos,
que siente Dios, con ser Dios,
un hijo que se le pierde.
Voy á eso.

ELENA. Y al punto os sigo.

FERN. Fabio te acompañará.
Oye Fabio.
(Le habla en voz baja.)

FABIO. Bien está.
(Váse don Fernando, y quédase Fabio acompañando á Elena.)

ESCENA VIII.

DOÑA ELENA.—FABIO.

ELENA. Alabo, ensalzo y bendigo
la piedad que usais conmigo,
mi Dios, en esta ocasion.
Parece que el corazon
me miraba don Fernando,
y que de él fué trasladando
mi propia imaginacion.
¡Que podré ver á don Juan
despues de tan larga ausencia!
¡Que dineros y licencia
de regalarle me dan!
Parece que ya se van
declarando en mi favor
los cielos, pues el rigor
piadoso de un padre airado
da cuidado á mi cuidado
y añade amor á mi amor.
Ahora os satisfareis,
ojos, que sin luz estais,

y á ver vuestra gloria vais,
de lo que llorado habeis:
hoy vuestro dueño vereis,
y nunca os lo estorbarán:
medianero de don Juan
es hoy quien mas le aborrece,
pues me dice y encarece
que es gentil-hombre y galan.
¡Y con qué pasion me hablaba
de lo que don Juan valía!
Pues ya le conoceria
quien se hace por él esclava.
Lo mismo que yo anhelaba
él me ofreció liberal:
asi, con suceso igual,
será mi ejemplo testigo
de que suele un enemigo
hacer bien por hacer mal.
(*Váse.*)

ESCENA IX.

Sala en casa de don Leonardo.

DON LEONARDO.—DON RICARDO.

LEONAR. No me negueis que la obsequiais.
RICARD. Leonardo,
yo adoré la belleza peregrina
de vuestra esquiva hermana Serafina:
franca desengañóme, aunque severa,
me mandó que otra dama pretendiera
y habiendo sin querer obedecido,
á nuevo amor desde hoy me hallo rendido.
LEONAR. Si tiene alguna cura
el delirio de amor, es la hermosura
de otra mujer.
RICARD. En mí lo esperimento.
Hoy lidiando con este pensamiento
un rostro ví, tan halagüeño y grave,

un mirar tan suave,
un talle tan airoso,
un todo tan cabal y tan hermoso
que vivo sin sentido.

LEONAR. Con que ya Serafina...

RICARD. Dí al olvido
su amor.

LEONAR. ¿Y quién inspira el que os abrasa?

RICARD. Una esclava que espero en vuestra casa.

LEONAR. ¡Esclava!

RICARD. Sí.

LEONAR. ¡Qué bajo pensamiento!

RICARD. Sin verla, no culpeis mi rendimiento.

LEONAR. ¿Es africana?

RICARD. Es india, y justamente
lo es, que como sol, vino de oriente.

LEONAR. ¿Sol una esclava bárbara?

RICARD. Su nombre
es ese mismo, y para que no os asombre
un afecto que yo tengo por justo,
ya la vereis, y alabareis mi gusto.

LEONAR. ¿Que la veré, decís?

RICARD. Aquí llegaba
conmigo, que la vine requebrando;
pero á casa volvió de don Fernando,
por no escucharme.

LEONAR. ¡Desdeñosa esclava!

RICARD. Vedla.

ESCENA X.

Dichos.—DOÑA ELENA.—FABIO, *con un azafate.*

FABIO. Aquí vive.
(Como concluyendo un diálogo con Elena á la puerta.)

ELENA. ¡Qué, tan cerca era!

FABIO. ¿Quisieras tú que en la Alameda fuera?

LEONAR. ¡Oh, Fabio! ¿Hay novedad?

FABIO. Por de contado.
Para don Juan traemos un recado,

que pienso admitirá de buena gana.
RICARD. ¿Qué os parece la indiana?
LEONAR. Que vale mas que el oro y pedreria
que la tierra y el mar de Arabia cria.
RICARD. ¿Luego disculpa de quererla tengo?
ELENA. Entra, Fabio, y dirás á lo que vengo.
FABIO. ¿Puedo?...
LEONAR. Sí, ven.
(*Vanse Leonardo y Fabio.*)
RICARD. ¡Ay, Bárbara divina!
ELENA. ¿Ya me vuelve á cansar como en la esquina?
RICARD. ¿Por qué pagas tan mal lo que te quiero?
ELENA. ¿Qué obligacion me corre, caballero?
RICARD. ¿Amor no obliga?
ELENA. Obliga con servicios
y amorosos oficios,
no con palabras y ánimos donceles,
que aun en tiempo de Adan le daban pieles.
RICARD. Bien: ¿quieres galas tú? ¿Quieres dinero?
ELENA. No puedo yo deciros lo que quiero.
RICARD. ¿Quieres que te rescate?
ELENA. Ni por el pensamiento de eso trate;
en esta casa mis delicias tengo:
esclava de mí misma á verme vengo.
RICARD. ¿Amas á don Leonardo?
ELENA. ¿No es don Juan mas gallardo?
RICARD. ¿Pues amas á don Juan?
ELENA. Sí, como dueño,
que en lo demas ya sé que fuera sueño,
pues quiere una mujer con quien se casa.
RICARD. Pues, Bárbara, si sabes lo que pasa,
admite de mi amor el gran tesoro;
que siendo tú mi sol, indio te adoro.
Ea, dame una mano, porque en ella
te ponga este diamante,
que aunque es muy bella, quedará mas bella.
ELENA. ¡Quedo, porque sacudo!
RICARD. ¡Qué arrogante!
ELENA. Mucho.
RICARD. Deja que llegue solo un dedo
al clavo de tu rostro.
ELENA. ¡Lindo enredo!
¿Soy cuenta de perdones?

Por sus ojos, que mude de estaciones.

RICARD. Yo he de comprarte á don Fernando.

ELENA. Creo
que, aunque busqueis para tan necio empleo
mas doblas que se cuentan en un dia,
no os venderán una chinela mia.

RICARD. Eso yo lo veré.
(Aparte.)
Por Dios, que espero
adquirirla con arte ó con dinero.
(Váse.)

ESCENA XI.

FABIO.—DOÑA ELENA.

FABIO. Don Juan sale á recibirte,
y las camisas dí á Pedro.

ELENA. Pues vete, asi Dios te guarde,
que tengo cierto secreto
que me encargó mi señor
que dijese á don Juan.

FABIO. Vuelvo
dentro de una hora por tí.

ELENA. Vuelve, poco mas ó menos.

FABIO. ¿Quién es ese fantasmon
que te hablaba?

ELENA. Un caballero,
que de faisanes cansado...
ya entiendes, Fabio.

FABIO. Ya entiendo.
Por el agua de la mar,
que he de darle, si le veo
otra vez, un chirlo.

ELENA. ¿Tú?
¿Por qué?

FABIO. Porque tengo celos.

ELENA. ¡Ay Fabio! aguarda á tener
motivo para tenerlos.

ESCENA XII.

DON JUAN.—PEDRO.—DOÑA ELENA.

JUAN. ¡Regalo á mí de mi padre!
PEDRO. A la esclava preguntemos.
JUAN. Aquella debe de ser.
PEDRO. ¡Buen talle!
JUAN. ¡Gentil aseo!
Esclava...
PEDRO. Se tapa el rostro.
ELENA. *(Aparte.)*
Temblando me está en el pecho
el corazon.
(Adelántase.)
Señor mio,
hoy á vuestros pies presento
una esclava...
JUAN. ¡Elena, Elena!
PEDRO. ¡Jesus mil veces!
JUAN. ¿Qué es esto?
Alza el rostro; no le bajes.
Pedro, mira tú.
PEDRO. Yo creo
que los dos hemos bebido.
JUAN. ¡Elena! ¿Es locura? ¿Es sueño?
Levanta, señora mia,
háblame, y dime si tengo
mi fantasía en tu sombra,
fuera de mi entendimiento.
PEDRO. Señora, dime quién eres
ó quién no eres, y presto,
que estoy por huir de tí.
ELENA. Yo soy, don Juan, yo soy, Pedro.
¿Pues quién sino yo pudiera
hacer á tu padre dueño
de mi libertad y vida?
Que de seguro sabiendo
que á un esclavo dar queria
su hacienda, este pensamiento

se me puso en la memoria,
y ejecutolo el deseo,
con tanta felicidad,
que ya de tu padre tengo
hacienda y casa en la mano.
El me descubrió su pecho,
y me dijo que informado
de que te hallabas enfermo,
visitarte me mandaba,
siendo yo cierva que vengo,
de flechas de amor herida,
al agua de mi deseo.
Estos escudos me ha dado,
tan declarado y tan tierno,
que á sus ojos asomaban
las lágrimas por momentos,
como niñas ventaneras
que andan cerrando y abriendo.
Dijo ademas que te diese,
en órden al casamiento,
consejos que no te doy:
contra mí yo no aconsejo.
Fingí hierros en mi cara;
pero estan los verdaderos
en el alma, donde nunca
podrá borrarlos el tiempo.
Saeta, y no hierro es este,
que del arco de los celos
amor me tira á la boca
porque le sirva de sello.
Haz que me pongan tu nombre,
porque sepan los que, necios,
fundan en nuestro interés
todos los amores nuestros,
que hubo una mujer, que fué
por solo agradecimiento
esclava de su galan
en el nombre y en los hechos.

JUAN. Dulce esclava de mi vida,
de mi libertad, señora,
beldad que mas enamora
con su fealdad fingida,
ostentadla, envanecida,

como sello ínclito real,
como letrero en el cual
decis con verdad al mundo
que es vuestro amor sin segundo,
vuestra virtud sin igual.
Lo que de eternos sonrojos
es causa en otra mejilla,
astro en vos fúlgido brilla
con la luz de vuestros ojos.
El ahuyenta mis enojos,
y el alma de gozo loca,
á sospechar me provoca
si es la señal con que os veo,
porque no yerre el deseo
el camino de la boca.
De traicion os acusé
al no veros en Triana.
¡Qué noche! ¡Ay Dios! ¡Qué mañana
tan larga y triste pasé!
Ya os hallo... ¡Cómo os hallé!
¡Que tanto bien merecí!
Mas si ese hierro, por mí,
selló vuestra faz hermosa,
pasadle, en siendo mi esposa
pasádmele vos aquí.
(Señalando al corazon.)

PEDRO. Señor, Serafina.

ELENA. ¿Quién?

ESCENA XIII.

Dichos.—DOÑA SERAFINA.

SERAF. Soy yo, que vengo con gana
de ver esta linda moza.

ELENA. Os doy infinitas gracias
por...

JUAN. Bárbara, esta señora
es Serafina, la hermana
de Leonardo, grande amigo
de mi padre.

ELENA. Yo ignoraba
que hubiese aquí tan gallarda
señora, tal serafin.
SERAF. Muy hermosa y bien criada
es vuestra esclava, don Juan.
ELENA. Y muy feliz, si lograra
serviros.
SERAF. A don Juan sirves:
fácil es.
PEDRO. *(Aparte.)*
¡Ay Jesus!
ELENA. ¡Calla!
¿Luego vos y don Juan sois
inseparables?
JUAN. *(A Elena.)*
Ya tardas:
quizá te echan menos.
ELENA. Veis,
señor, que hablándome estaba
este serafin.—Don Juan
tuvo amor á cierta dama...
¿Sereis quién?...
SERAF. Soy, á lo menos,
con quien dice que se casa
muy pronto.
ELENA. Mi parabien
os doy.
(Aparte á don Juan.)
¡Pérfido!
JUAN. *(Aparte á Elena.)*
Se engaña.
disimula.
ELENA. Y yo, que ajena
de todo esto, vengo... ¡Vaya!
SERAF. ¿Quién hizo aquellas camisas?
ELENA. Unas mujeres las labran
que sirven á mi señor.
SERAF. *(A don Juan.)*
Bueno fuera reservarlas
para cuando quiera Dios.
ELENA. Sí tal.

ESCENA XIV.

Dichos.—MATEA.

MATEA. Señora, te aguarda
una visita.
SERAF. ¿Quién es?
MATEA. Tu grande amiga Lisarda.
SERAF. Perdonad, señor don Juan:
luego volveré.
(*Vánse doña Serafina y Matea.*)
ELENA. Adios, mi ama.
Adios, infiel.
JUAN. Oye.
ELENA. Déjame,
que está reventando el alma
por dar voces. Quita, quita.
JUAN. Detenla, Pedro.
PEDRO. No vayas
enojada, hermosa Elena,
hasta que sepas la causa
porqué dijo Serafina
aquellas necias palabras.
Yo tuve la culpa.
ELENA. (*Asiéndole del cuello.*)
¿Tú,
infame?
PEDRO. Ten, que me matas.
JUAN. Si engañar á esa mujer,
ha sido ofensa que agravia
la verdad de nuestro amor,
deja á Pedro, y tu venganza
ejecuta en mí.
ELENA. ¿Por qué?
¡Si dejásteis la sotana
por una dama que puede
serlo de un grande de España!
«¿Quién hizo aquellas camisas?
Bueno fuera reservarlas
para cuando quiera Dios.»
¡Qué bien! ¡Qué buena cristiana!

Dios le cumpla sus deseos.
¡Ay de aquella desdichada,
vendida por un traidor!

JUAN. Pero escucha, Elena.

ELENA. Basta.
Sin avisarme has venido:
Serafina fué la causa.

JUAN. Fuiste tú, que me escribiste
que un mes en Madrid pasara,
ó dos sin decir por qué.

ELENA. Ya te lo ha dicho mi cara.
Mira el por qué: mira ingrato:
y mira como lo pagas!

JUAN. Yo no te hallé cuando vine:
sospeché que me dejabas...

ELENA. ¡Y has arreglado tu boda
tan solo en una mañana!
¿Cómo es posible que crea
mentira tan mal fraguada?
Tú no me quisiste nunca:
Serafina era tu dama
antes que por mi desdicha
nos viéramos en Triana.
Goza tu amor en buen hora
queden para mí las malas.
No faltará quien me vengue:
ya le tengo.

JUAN. ¿Cómo?

ELENA. Nada.
Mi recado despaché;
me voy.

PEDRO. Tente.

JUAN. Elena, aguarda.

ELENA. Me espera quizá un galan
á la puerta de esta casa,
y no es razon que se canse.
Señor, á mas ver.

JUAN. (*Agarrando á Pedro.*)
¡Canalla!
Esto es por tí.

PEDRO. ¡Compasion!

JUAN. Te he de sacar las entrañas.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala en casa de don Fernando.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ELENA.—DON RICARDO.

PEDRO. Queda pues tratado asi.
ELENA. Bien, sí; pero idos corriendo.
RICARD. No me verán al salir,
como al entrar no me vieron.
Don Fernando está ocupado,
y, en todo caso, en diciendo
que sois doña Elena...
ELENA. No,
siempre mi nombre un secreto
será para don Fernando.
Creedme, buscad á Alberto,
y decidle que se venga
por mí con cualquier pretesto.
RICARD. Yo me encargo de sacaros.
Señora; soy caballero,
y aunque os amo, sé tener
á las mujeres respeto.
Voy á descubrir ahora...
ELENA. No por Dios, no; deteneos:
antes de salir de aqui,
pagar una deuda quiero.
Reconciliar á don Juan

con su padre fué mi intento:
ya don Juan no lo merece;
mas lo mereció primero,
cuando por mí le cerraron
la entrada al hogar paterno.
En trayéndole á esta casa,
yo la dejaré al momento;
pero hasta que venga, no.

RICARD. Señora, de esta vez pierdo
la cortísima esperanza
que divisaba á lo lejos.
Siendo vos tan generosa,
que ni el poder de los celos
os apartan de la empresa
nobilísima en que os veo,
¿cómo si os quiso don Juan,
no ha de volver á quereros?
No tendré yo tanta dicha
ni él tan poco entendimiento.
Bien que no es mucho el que muestra
quien desheredado, y siendo
bastardo, como decís,
desestima vuestro mérito,
que descuella sobre el suyo,
como entre mimbres el cedro.
En fin, ese hombre me roba
todo cuanto yo apetezco:
razon es que yo le prive
de vuestra vista á lo menos.
Estad prevenida: pronto
volveré.

ELENA. Guárdeos el cielo.
(Váse Ricardo.)

ESCENA II.

DON FERNANDO.—DOÑA ELENA.

FERN. *(Dentro.)*
Id con Dios, señores, id
con Dios, que ya nos veremos...

y tengo que hacer.
(*Sale.*)
¡Ah Bárbara!
Gracias á Dios que te puedo
preguntar. ¿Cómo te fué?
¿Qué te dijo? Estoy inquieto
hasta saber... De salud
¿cómo se halla?

ELENA. Está muy bueno,
señor; no tengais cuidado:
no fué mal grave.

FERN. Me alegro:
mas vale así. Y dime, vamos,
¿no es un gallardo mancebo?

ELENA. Sí señor, sí, muy galan.

FERN. Cortés, afable, discreto...
Bien merece que le quieran.

ELENA. Por ese merecimiento
parece que ya de huésped
se quiere pasar á dueño.

FERN. ¿Qué dices?

ELENA. Que no debeis
pensar en hacerle clérigo,
porque á doña Serafina
diérais un gran sentimiento.

FERN. ¡A Serafina! Pues ¡qué!...

ELENA. Señor, ella está creyendo
que ha de ser esposa, y pronto,
de don Juan.

FERN. ¿Ella?

ELENA. Si miento,
es por su boca.

FERN. Y don Juan...

ELENA. Y don Juan, que yo no niego,
que sea galan y afable,
y fino, y hábil y atento,
pero que es tambien un hombre
sin fé, ni honor, un perverso,
quiere casarse con ella.

FERN. ¡Vive Dios! Pues este empeño
sí que es fuerte, y no el pasado.

ELENA. ¡Hola! ¿Pues tanto desprecio
merece la dama aquella?

FERN. Yo con ella nada tengo
que ver; mas con Serafina
hay que guardar miramientos
infinitos: fué su padre
amigo mio: nos vemos
su hermano y yo cada dia.
Si digo que es el tormento
de mi vida este muchacho.
Hay, sin pérdida de tiempo,
que trasladarle á Sicilia,
al Perú.

ELENA. ¿Y alli no hay riesgo?
¿No hay mujeres?

FERN. Tú,
que tienes tan buen talento,
¿cómo no le has dicho nada
contra ese capricho nuevo?

ELENA. ¿Que no le he dicho? Hartos dias
ha de durarle el recuerdo
de mis palabras.

FERN. ¿Con que hizo
caso de ellas?

ELENA. ¡Oh! Le hirieron
en lo vivo; y si quereis
que pruebe otra vez...

FERN. Sí quiero,
y es necesario. Yo soy,
por desgracia, todo estremos:
ya peco de rigoroso,
ya de bondadoso peco:
tú, como te escuchará
sin prevencion, tienes medios
mejores de persuadir.

ELENA. Pues yo, señor, os confieso
que no quisiera volver
allí.

FERN. ¿Por qué?

ELENA. Tengo miedo...
miedo no, tengo aversion
á la Serafina; y luego,
ya veis que si ella trasluce
que voy á hacerle mal tercio...

FERN. Tienes razon: ademas

que si á don Juan me le dejo
unos dias á su lado...

ELENA. Puede hacerse el casamiento.

FERN. Hay que sacarle de casa
de Leonardo al punto...

ELENA. Eso
no se puede dilatar.

FERN. ¿Y á dónde le llevaremos?

ELENA. Si le he de tener á mano,
para ver si le convierto,
debe estar... donde esté yo.

FERN. Por un lado lo deseo;
por otro...

ELENA. Eh, llamadle.—
(Llamando.)
Fabio.

FERN. Aguarda; lo pensaremos
mejor.

ELENA. Fabio.

ESCENA III.

FABIO.—DOÑA ELENA.—DON FERNANDO.

FABIO. ¿Qué se ofrece?

ELENA. Lo pensareis en viniendo.
(A Fabio.)
Que venga al punto don Juan.

FERN. Fabio, no.

FABIO. ¿A quién obedezco?

ELENA. A mí: dí que yo le llamo.

FERN. Dí que yo no.

FABIO. ¡Bueno, bueno!
Diré que Bárbara sola...

FERN. Se ha empeñado contra viento
y marea...

ELENA. Y que su padre
cede.

FERN. No.

ELENA. Casi.

FERN. Convengo

en el casi.

ELENA. Es decir, no
cedió; pero va cediendo.
Vete.
(Váse Fabio.)

ESCENA IV.

DOÑA ELENA.—DON FERNANDO.

FERN. Yo habré de salir.
Tú disponle su aposento,
y dile que le recibo
otra vez bajo mi techo;
pero que no me ha de ver,
que no ha de tomar asiento
á mi mesa, mientras no
renuncie á sus galanteos.

ELENA. Vaya que sois rigoroso,
como allá el indio mi suegro
en ciernes.

FERN. El carácter
de padre...

ELENA. Fuísteis severo
con don Juan, y no lográsteis
nada: pues, señor, probemos
si con dulzura y cariño
se logra mas. En poniendo
los piés aquí, me le habeis
de echar los brazos al cuello.

FERN. Vaya, Bárbara, que tomas
un interés...

ELENA. Harto necio
en verdad, pues en entrando
aqui don Juan, ¿yo qué espero?
¿Me habeis de nombrar entonces
heredera?

FERN. *(Aparte.)*
Corta un pelo
en el aire la muchacha.
Hija mia, yo prometo

que tu dicha... Suena ruido.

ELENA. Alguno sube corriendo
las escaleras.

FERN. Jurara
que reconozco el golpeo
de esas pisadas... ¡Estaba
(Conmovido y mirando á Elena de hito en hito.)
á la puerta, estaba dentro
quizá! Tú quizá con él
estabas tambien de acuerdo.

ELENA. De acuerdo, no, señor.

FERN. Huyo
de aqui.

ELENA. ¿Y habeis de esconderos?

FERN. Le vi; ya no.

ESCENA V.

Dichos.—DON JUAN.—FABIO.

JUAN. *(Arrojándose á los piés de don Fernando.)*
¡Padre, padre!

FERN. ¡Hijo! No: ven á mi seno.

JUAN. Padre, perdon.

FERN. No se trate
de lo pasado.

JUAN. Mi yerro
fue...

FERN. Yo no sé lo que fue.
Quédese olvidado aquello
y hablemos de lo presente,
en amistad, sin rodeos.
¿Tú quieres á Serafina?

ELENA. *(Aparte.)*
Aquí la verdad sabremos.

JUAN. Padre, no.

FERN. ¿No? Pues me han dicho
que...

ELENA. Pues está muy en ello
doña Serafina.

JUAN. Ha sido

una ficcion, que me ha puesto,
por un acaso fatal,
en un compromiso fiero,
de que librarme quisiera
con honor á cualquier precio.

FERN. Eso por mi cuenta corre;
esta y yo te libraremos:
¿no es verdad?

ELENA. Yo... si el señor
no se equivoca...

JUAN. No suelo
en esta materia errar:
lo que amo, lo que aborrezco,
lo sé.

ELENA. ¿Y aborreceis mucho
al primer ídolo vuestro?

FERN. *(A ella.)*
¡Qué imprudencia!
(A él.)
No hagas caso...

JUAN. Padre, puedo responderos
á vuestro gusto quizá.
Reñimos.

FERN. Pues no lo siento.
Así podrás olvidarla.

JUAN. Como ella me da el ejemplo...

ELENA. Ella no da tal.

FERN. Muchacha...
(Aparte.)
(¿Cuánto va que me arrepiento
de haberme valido de ella?)
¿Qué sabes tú?

ELENA. Yo sostengo
lo que sé.

FERN. ¿Pues la conoces
tú?

ELENA. Mas que vos.

FERN. Yo lo creo:
ni aun he podido saber
su nombre: cosa de cuento
parece.

ELENA. Si don Juan quiere,
diré lo que yo sospecho.

JUAN. Bien: decid.
ELENA. Pues, por especies
que en casa me sugirieron,
estoy en que es una tal
doña Elena Montenegro.
¿Acerté?
JUAN. Sí.
ELENA. Que en Triana
vivió.
JUAN. Sí.
ELENA. Nacida en Méjico.
De allí la conozco yo.
FERN. Ya.
ELENA. ¿Y os tiene descontento
esa dama? Pues á firme
nadie la gana.
FERN. Silencio.
(Aparte.)
(Por Dios, que ya me incomoda.)
¿Te hizo traicion, por supuesto?
JUAN. Hoy mismo la he visto hablar
yo con don Ricardo Arévalo.
FERN. ¿Oyes? Tu señor lo vió.
ELENA. Es que...
JUAN. Y fue tal mi despecho,
que al punto quise marcharme
de Sevilla: veis que tengo
la ropa de viaje puesta.
ELENA. Pero...
FERN. Con don Juan no hay peros:
es tu amo, y debes oirle
cuanto diga con respeto...
y cuidarle... que por mas
que digas, cara de enfermo
tiene... ¡Y qué desaliñado
que estás! ¡Qué falta de aseo
en el cuello, en el jubon!...
¡Qué desgreñado el cabello!
Fabio.
FABIO. Señor...
FERN. *(A Elena.)*
Tú entretanto
desabróchale el coleto.

ELENA. ¿Yo?
JUAN. No es menester que Bárbara...
FERN. Sí tal, que se vaya haciendo
á servirte.
(A Fabio.)
Un peinador,
calzado, ropilla, cuello...
pronto.
(Váse Fabio.)
¿Por qué estás parada?
JUAN. Es algo esquiva de genio
esta esclava.
FERN. Vamos, vamos.
ELENA. No os enfadeis, ya obedezco.
(Llégase á don Juan, y le ayuda á quitarse el coleto.)
(Aparte á don Juan.)
¡Asi me humillas, traidor!
JUAN. Hallo ocasion y me vengo.
Te he visto hablar con Ricardo.
ELENA. ¡Oh! y es un delito horrendo;
pero dar á Serafina
palabra de casamiento
no es cosa mayor.
(Vuelve Fabio trayendo ropa.)
FABIO. La dueña
me ha dado estos embelecos.
FERN. Ponlos alli.
FABIO. Bien está.
FERN. *(Aparte paseándose.)*
Hay que casarle: lo siento,
porque tendré que decir
que es hijo no habido en lecho
conyugal, y sabe Dios
dónde encontraré un consuegro
que disimule esa tacha.
Convendrá que principiemos
averiguando lo que haya
con Serafina.
ELENA. *(Aparte á don Juan.)*
Ya tengo
conseguido tu perdon
de tu padre: ya mi objeto

se halla cumplido, y me voy;

JUAN. Sí, falta que te dejemos.

ELENA. Yo serviré de manera
que no tengais mas remedio
que despedirme.

FERN. Muchacha,
¿no le arreglas ese pelo?

ELENA. Eso es cosa de criado.

JUAN. Tú lo harás mejor.
(Siéntase.)

FERN. No andemos
con réplicas, ca.

ELENA. (*Aparte.*)
Dios
quiera darme sufrimiento.
(*Pone un peinador á don Juan, y le pasa el peine.*)

FERN. Mucho abogar por el amo
jóven antes, y en viniendo
á casa, ya te disgusta.
Pues, asi son los estremos
de cierta gente.

ELENA. *(Dando un repelon á don Juan.)*
Traidor,
paga lo que estoy sufriendo.

JUAN. Mal peina esta esclava, padre.

ELENA. Tengo el pulso muy inquieto.

FERN. *(Aparte.)*
(Conviene asustarla.) Mira
no lleves un escarmiento
el mejor dia. Yo gusto
mucho de tí; mas te advierto
que hay tambien látigo en casa.

ELENA. (*Abrazándose maquinalmente con don Juan.*)
¡Ay! ¡Don Juan! Por Dios... ¡qué miedo!
¡Látigo á mí!

FERN. *(Aparte.)*
¡Pobrecilla!

JUAN. No temas, yo te defiendo.

FERN. Ya ves que vuelve por tí:
haz por tenerle contento.

ELENA. *(Toda aturdida.)*
Yo lo haré: sí... sí...

FERN. *(A don Juan.)*
Bien: siéntate.
(A doña Elena.)
Descálzale mientras vuelvo.
(Váse y con él Fabio.)

ESCENA VI.

DOÑA ELENA.—DON JUAN.

JUAN. ¡Buena dicha hemos tenido
en que no haya conocido!...
Angel, la mano tened.
ELENA. Deme el pié vuestra merced.
JUAN. Miro si mi padre es ido
para darte mil abrazos.
ELENA. Deme el pié, vuelvo á decir.
JUAN. Ya no es tiempo de reñir
sino de darme los brazos.
ELENA. Me los hiciera pedazos.
JUAN. Pues volveréme á enojar,
para hacerte desquitar
esos celos que me has dado.
De Ricardo has aceptado
el amor sin vacilar.
ELENA. Si yo á Ricardo atendí,
fue un arranque vengativo;
mas vuesarced sin motivo
por otra me deja á mí.
JUAN. Fué engaño.
ELENA. Fué amor.
JUAN. No.
ELENA. Sí:
con vuesarced he acabado.
JUAN. Con tantas vuesamercedes
mira que matarme puedes,
dueño del alma adorado;
mira que á tí te la he dado,
y te amo y siempre te amaba.
ELENA. ¿Dueño yo, siendo la esclava
de vuesamerced?

JUAN. Ya es eso
traicion, malicia y esceso:
amor no, condicion brava.
Ya estoy rendido. ¿Qué quieres?
Por Dios, que de tú me nombres.
¡Qué tiernos somos los hombres!
¡Qué tercas sois las mujeres!

ELENA. ¿Tú dices que tierno eres?
Con Serafina será,
que conmigo ni un adarme.

JUAN. ¡Elena! ¿Otra vez? ¡Voto á!...

ELENA. ¡A mí á vestirte obligarme!

JUAN. *(Aparte.)*
¡Fabio!
(Alto.)
Y para descalzarme
te haré á mi cuarto llamar.

ESCENA VII.

Dichos.—FABIO.

FABIO. ¿Aun esa faena dura?

JUAN. *(A Fabio.)*
Lleva eso.
(A Elena.)
No des lugar
á que grite, por copiar
tu misma desenvoltura:
(Fabio coge la ropa y la lleva al cuarto de don Juan.)
«padre, la esclava es Elena,
con quien pretendí casarme:
ven, y mátame.»

ELENA. A matarme
antes viniera mi pena.

JUAN. ¡Pues mira!...

ELENA. La lengua enfrena,
loco de mi vida.

JUAN. ¿Qué?

ELENA. Nada, que me equivoqué.

JUAN. Ya lo dijiste, ya eres
mia otra vez.
ELENA. Sí, pues quieres
que yo te adore sin fé.
JUAN. Ojos divinos, ¿quedais
en paz conmigo?
ELENA. Primero
has de jurar...
JUAN. Jurar quiero
que sin razon me matais.
ELENA. No has de ver á Serafina,
que piensa que has de ser suyo.
JUAN. Eso prometo, y ser tuyo,
si tienen tus celos fin.
ELENA. ¿Y el serafin?
JUAN. Yo me fío
de tí; confia tú en que...
el serafin que amaré
eres tú sola, bien mio.
(Váse.)

ESCENA VIII.

DOÑA ELENA.

¡Qué bien me sabe rendir!
¡Cómo juega con mi amor!
Pero ¿quién tendrá valor
para dejarse morir?
O no se habia de oir,
ó no amar; que no hay desvio
de celos con tanto brio,
que estándose defendiendo,
no venga á tierra en oyendo:
«Eres tú sola, bien mio.»
Justo es por don Juan que quiera
sufrir aun mas, aguardando
que aprecie bien don Fernando
á la que ha de ser su nuera.
Póstrese mas la altanera
exencion de mi alvedrio:

no es destino tan impío
servir á un amante: ¡oh! no.
El *bien suyo* me llamó,
y él es el solo bien mio.

ESCENA IX.

DON FERNANDO.—DOÑA SERAFINA.—DON LEONARDO.
DOÑA ELENA.

FERN. Si os digo que cabalmente
yo á visitaros salia.
ELENA. *(Aparte.)*
¡Aquí mi competidora!
SERAF. La llamada repentina
de don Juan forzosamente
reclamaba esta visita.
LEONAR. ¿Dónde está don Juan?
ELENA. Vistiéndose.
LEONAR. Pues voy para que él me diga...
FERN. *(A Elena.)*
Pásale recado tú.
ELENA. Voy.
(Aparte.)
Me aterra esta venida.
(*Vánse doña Elena y don Leonardo.*)

ESCENA X.

DON FERNANDO.—DOÑA SERAFINA.

FERN. Ya que solos nos hallamos,
escuchadme, Serafina.
Esta vuelta de don Juan
á mi casa, bien indica
si yo le quiero: en efecto,
sin él yo paso la vida
sin gusto: no hay que pensar
que las órdenes reciba;

con que es preciso casarle.
SERAF. Bien hareis.
FERN. Vos le queriais;
pero como se prendó
luego de esa advenediza,
me figuro que con él
estareis muy ofendida.
SERAF. ¡Qué! No señor. ¿No sabeis
que todo ha sido mentira?
FERN. ¿Cómo mentira? Por Dios...
SERAF. Don Juan se avergonzaria
de confesarlo; yo sé
la verdad, y he de decirla.
Todo lo de sus amores
con esa desconocida
fué un enredo, para ver
si de vos se conseguia
que abandonando el empeño
de hacer que cantara misa,
consintiérais que casara...
FERN. ¿Con quién?
SERAF. Con... con una amiga
que tuvo desde la infancia.
FERN. Esa sois vos.
SERAF. Esa misma
es la dama cuya mano
vuestro hijo solicita.
FERN. Pero si há un instante que él
y Bárbara me decian
que era una tal doña Elena.
SERAF. Doña Elena es Serafina.
FERN. Es que asegura don Juan
que la desprecia, la olvida.
SERAF. Como Elena sí: si no hay
tal mujer.
FERN. Es que añadia
que le daba celos.
SERAF. ¡Yo
celos!
FERN. Vos no: la Elenita
de marras, señora, que
segun parece, se inclina
á un don Ricardo.

SERAF. ¡Ay Jesus!
Ya lo entiendo: ¡qué desdicha!
¿Por dónde lo habrá sabido?
FERN. ¡Calle!
SERAF. Por mas que una evita...
FERN. ¿Con que hay algo?
SERAF. Hay que ese jóven
me obsequia, y bien merecia
correspondencia; mas yo
puedo jurar que en mi vida
le dí esperanzas: apelo
á él para que lo diga.
Hoy mismo le tuve en casa...
FERN. ¿Hoy? Pues vaya, á eso aludia
el otro...
SERAF. Y yo ni siquiera...
FERN. Basta ya, todo se esplica;
y ello es que de todos modos
vos estais muy consentida
en ser mi nuera: yo siempre
os estimé desde niña:
partido mejor que vos
no se me presentaria
para don Juan: es preciso
que yo os acepte por hija.
SERAF. ¡Ah señor!
FERN. Esto se entiende,
siempre que cierta faltilla,
que no es culpa de don Juan,
no os incomode.
SERAF. Decidla.
¿Cuál es, cuál?
FERN. Aguardad: voy
por un notario en seguida.
SERAF. ¿Tan pronto?
FERN. Sí.
(Aparte.)
Si don Juan
la quiere, buena es la prisa;
y si no, debo enseñarle
á que de mí no se ria.
Bárbara.
ELENA. *(Saliendo.)*

Señor.

FERN. Quita ese
manto á doña Serafina.
(Váse.)

ESCENA XI.

DOÑA ELENA.—DOÑA SERAFINA.

ELENA. ¡Hola! os quedais.
SERAF. Ya lo ves.
Vamos á ser muy amigas.
ELENA. ¡Ay, señora! no lo digas,
que es imposible: despues
que vino á casa don Juan,
no puede quedarme un punto
de descanso, porque junto
trabajo de un mes me dan.
¿Piensas que la hacienda es poca?
En comenzando á lavar...
¡Jesus!... no tendré lugar
para ponerme una toca.
SERAF. Pues no se te echa de ver
aun: da envidia tu aseo.
ELENA. Antes si os veis, como os veo,
de vos la podeis tener.
SERAF. Bárbara, ¿sabes que está
mi casamiento tratado?
ELENA. ¡Oiga!
SERAF. Se ha desengañado
don Fernando de que ya
su hijo no ha de volver
al hábito que solia.
ELENA. Yo me alegro, porque el dia
que don Juan tenga mujer...
espero... mi libertad.
SERAF. Yo te la daré si puedo.
ELENA. Si vos os casais, ya quedo
libre... Pero ¿es de verdad?
SERAF. Verdad es, gracias á Dios.
Y aunque yo no lo merezca,

siempre que ocasion se ofrezca
de que esteis juntos los dos,
habla á don Juan bien de mí.

ELENA. ¡Y qué bien que le hablaré!

SERAF. Un vestido te daré.

ELENA. Como eso espero de tí.

SERAF. Ganámele tú, que puede
mucho una hábil medianera.

ELENA. Si él ganado no estuviera,
tengo de hacer que lo quede.

SERAF. Pues abrázame... y adios.

ELENA. El os guarde, reina mia.

SERAF. ¡Ay! llegue, Bárbara el dia
que estemos asi los dos.
(*Váse, y al llegar cerca de una de las puertas laterales dice.*)
Estos cuartos quiero ver.
(*Entrase.*)

ESCENA XII.

DOÑA ELENA.

¡Qué poco duran las dichas!
Tornasol parece el bien,
que á cualquier parte la vista,
conforme la luz que toma,
halla la color distinta.
¡Ay Dios! ¿Por qué persevero
en tan inútil porfia?
Don Juan no puede ser mio:
todo el mundo me le quita.
Fuerza es que Ricardo venga;
fuerza es huir de Sevilla.
¿Por qué me dejé engañar
con lágrimas y mentiras?
¡Qué mujer fui tan mudable!
Pero el traidor me decia
que era yo su bien, sus ojos,
su serafin y su vida.
¡Pérfido, yo aseguro que sabria
con tu vida qué hacer, si fuera mia!

ESCENA XIII.

DON JUAN.—DON LEONARDO.—PEDRO.—DOÑA ELENA.

LEONAR. ¿Y mi hermana?
ELENA. Fué á tomar
de esos cuartos posesion.
LEONAR. ¿Hay para tanto razon?
ELENA. Ella lo podrá esplicar.
LEONAR. Pues de ella lo iré á saber.
JUAN. Sí, no escucheis disparates.
(Váse don Leonardo.)
Pero, Elena, ¿qué?...
ELENA. No trates
de hablarme, que no ha de ser
esta vez como hasta aquí.
Yo cuando quiera me iré;
pero entretanto que esté,
quiero ver qué haces de mí.
Quiero sobre todo ver
tu boda; y asi te ruego,
porque importa á mi sosiego,
que hoy sea, si puedo ser,
ó por lo menos mañana;
que, con dejarte casado,
iré, don Juan, sin cuidado
y muy contento á Triana
ú otra parte: el mundo es mio
y no ha de faltarme el pan.
Y nada exijo, don Juan,
pues solo pasar el rio
por esa puente me debes
con este hierro fingido,
y, vendida, haber sufrido
fatigas cortas y leves:
que no fuí lejos por tí,
ni por vastos horizontes,
pasé mares, subí montes,
ni hacienda ni honor perdí.
Vuelvo con manos y pies:

¿qué hay perdido?

JUAN. ¿Qué es aquesto,
Pedro, amigo?

PEDRO. Es agua en cesto;
es... ser mujer... eso es.
Desde lo de la costilla
no tienen segura espalda.
¡Cuál eres para Giralda
de la torre de Sevilla!

JUAN. ¿Hay tan estraña mudanza?
¿Aun no aguardarás, señora,
para mudarte una hora?

ELENA. ¡Ay de mí! ¡Loca esperanza!

JUAN. Mi bien, yo salí de aquí
y de tus brazos tambien.
¿Qué ha sucedido, mi bien,
en cuanto salí de aquí?

ELENA. Menos *mi bien*, que no estoy
para ser su bien.

JUAN. ¿Por qué?

ELENA. Vaya adentro su mercé,
que distrayéndole estoy,
y es estilo poco urbano,
viniendo dama á buscarle,
que él no la haga caso y charle
con la esclava mano á mano.
La dama afirma que ya
el buen señor don Fernando
la tiene por nuera, y cuando
lo dice, bien lo sabrá.

JUAN. Pues yo diré á Serafina...

ESCENA XIV.

DON RICARDO.—DOÑA ELENA.—DON JUAN.—PEDRO.

ELENA. (*Aparte.*)
¡Don Ricardo! ¡Ah! Bien.

JUAN. (*Aparte.*)
¡Qué audacia!
¡Aquí este hombre!

RICARD. Dios os guarde.
A vuestro padre buscaba,
señor don Juan.
JUAN. ¿Qué mandais?
Porque ha salido de casa.
RICARD. Señor don Juan, he pensado
que era muy fácil notaran
que hablo con esta mujer.
JUAN. Ya veis; la malicia humana
siempre piensa lo peor.
RICARD. Pues bien: si con ella hablaba,
es que esta esclava fué mia.
JUAN. ¿Fué vuestra? ¿Cómo?
RICARD. Comprándola.
PEDRO. ¡Animas benditas! ¡Este
señor tiene cataratas!
RICARD. Trato pues de reducirla
por bien, ó por amenazas,
á declarar ante juez
el tiempo que ha que me falta;
porque en Indias me la hurtó
un soldado que engañada
con la promesa de darle
libertad, la trajo á España.
JUAN. ¡Rara historia!
RICARD. ¡Oh! Pero cierta.
JUAN. La creyera, si ignorara
yo la de esta jóven. Puede
que se parezca mi esclava
á la que os hurtó el soldado,
y por eso...
RICARD. ¿El rostro y habla
los tuviera sin ser ella?
Otro pudiera sacarla
de aquí sin gastar dinero,
probando ser prenda hurtada;
mas yo no procedo asi.
JUAN. Podeis como os dé la gana
proceder: mas no creais
que montes de oro y de plata
serán de Bárbara precio.
Y en esto pocas palabras,
que de mi nadie se burla.

RICARD. Todo lo que aquí se trata
es tan de veras, que presto
os lo dirá la probanza,
remitiendo á la justicia
lo que no es justo á la espada.
JUAN. La espada será la sola
que resuelva esta demanda.
ELENA. Señores...
PEDRO. Señor fulano,
¿sabe usted quién es la?...
JUAN. Calla.

ESCENA XV.

DON FERNANDO.—*Un notario, caballeros y dichos.*

FERN. ¿Qué es esto?
JUAN. Una pretension
que trae este caballero.
PEDRO. Que Barbarita es su esclava,
dice.
FERN. Aguardad un momento,
(Habla aparte con su hijo.)
don Juan, Serafina es nuera
muy de mi gusto: sabiendo
que es ella con quien tratabas
de desposarte en secreto,
como ella propia me ha dicho,
y que lo demas fué cuento,
no tuve que preguntarte:
mandé estender el concierto
á ese notario, busqué
estos amigos y deudos,
y á ellos, á tí y á Leonardo
tan grande sorpresa prevengo.
Ya no serás de la Iglesia:
te casas libre de suegro,
y os doy veinte mil ducados.
JUAN. ¿Ahora, señor? ¿Tan presto?
Mirémoslo mas despacio.
FERN. Por Dios, Don Juan, que no entiendo

tu condicion. ¿Ni casado
ni clérigo?

JUAN. Yo no puedo
dejar de ser obediente;
pero digo que pensemos,
si hacemos bien, mas despacio.

FERN. ¿Si hacemos bien? Majadero,
¿mereces tú descalzar
á Serafina? ¿Qué es esto?
¡Dejas cinco mil ducados
por ella; te la concedo,
y pones dificultades!

JUAN. ¡Ah!

ELENA. *(Aparte.)*
¿Qué le estará diciendo?

FERN. Ea, Bárbara, esta casa
ponedla como un espejo,
que estamos de boda.—Niña,
¿qué significa ese gesto?
¿Os pesa la nueva?

ELENA. Mucho.

FERN. Pues, hija mia, poneos
de lado, que tengo nuera
y á ella le toca el gobierno
de la casa ya, no á vos.

RICARD. Todo tiene buen remedio.
Esta esclava ha sido mia;
me la hurtaron, y la quiero
recobrar á toda costa,
dando por ella su precio...

JUAN. Padre, que Bárbara diga...

RICARD. Diga, pues...

ELENA. Yo desde luego
(A Ricardo.)
digo que mi dueño sois,
y os reconozco y os quiero
como á tal: cuanto habeis dicho
es verdad, yo lo confieso.
He callado que era vuestra
por cierto cariño ciego
que en esta casa tenia;
pero es preferible el vuestro.
Con que vámonos de aqui.

RICARD. *(A don Fernando.)*
Dad vuestro consentimiento.
JUAN. No basta para llevarla
que ella, con el mucho esceso
de la locura en que ha dado,
diga que es vuestra.
FERN. Sin esto,
son cuatrocientos ducados
los que han de venir, primero
que la saquen de la casa.
RICARD. Venga un criado por ellos.
ELENA. No hay que enviar á criado
ninguno por el dinero,
porque de la misma suerte
yo en escudos lo conservo,
como lo dió don Fernando.
FERN. ¿Cómo puedes tú tenerlos?
¿No eran de tu amo?

ESCENA XVI.

Dichos.—DOÑA SERAFINA.—DON LEONARDO.

LEONAR. Señores,
llamados por el estruendo...
RICARD. ¡Serafina!
FERN. ¡Don Ricardo!
LEONAR. ¡Hola! ¡cuánto amigo nuestro
por aqui!
FERN. Vos, Serafina,
vais á decidir un pleito.
El señor quiere comprarme
á Bárbara, yo me temo
que os sirva mal: decidid.
SERAF. Hablad, y nos compondremos,
don Ricardo.
(Don Fernando habla con los caballeros que vinieron con él, y los hace entrar en un cuarto, donde él entra tambien acompañándolos.)
JUAN. *(Aparte.)*
¡Me la quitan!

Atiende, Elena!

ELENA. No atiendo.

(Don Juan sigue hablando con Elena en voz baja.)

SERAF. ¿Os gusta la esclava mucho.

RICARD. Sí, Serafina: la quiero.

SERAF. ¿La quereis? ¡Famosa dama!

RICARD. Para mí en el universo
no hay mas que una dama, y esa
no paga mi amor: desciendo
á buscarlo en otra clase.

SERAF. Casi, casi me dais celos.

RICARD. Serafina, ese don Juan
os vende.

SERAF. Si fuera cierto...

RICARD. Volved los ojos allí,
señora, mirad aquello.

SERAF. ¡Cómo!

RICARD. Aquellos ademanes,
aquellos rostros ardiendo,
aquel reñir sin tener
con nosotros miramiento,
¿qué quieren decir?

SERAF. ¿Es hombre
de tan bajos pensamientos
don Juan?

RICARD. Como fué su madre
esclava, es algo propenso
á quererlas.

SERAF. ¡Qué decis!

RICARD. ¡Qué! ¡No sabeis el secreto
de su orígen? Es bastardo.

SERAF. ¡Bastardo! ¡Ay Jesus!

RICARD. Por eso
le destinaba á la Iglesia
el padre.

SERAF. Y yo sin saberlo...
Esta es la tacha, sin duda,
que me indicó por rodeos
don Fernando. Y es verdad,
hablan ambos con el fuego
y la llaneza de amantes.

RICARD. Oid, que ya van subiendo

la voz.

ELENA. No ha de ser, no, no.

JUAN. Te has de quedar.

ELENA. No me quedo.
(Vuelve don Fernando.)
Llévenme pronto de aquí.
Ricardo ha de ser mi dueño,
dueño á quien consagraré
mi cariño y mi respeto.
Y tú, don Juan, quedarás,
por falta de amor y aliento,
para infamia de los hombres,
cobarde, vil caballero,
no parecido á tu padre,
sino á quien...

JUAN. Tente.

ELENA. No quiero.

JUAN. Tente, sí, luz de mis ojos,
mi bien, oye.

FERN. ¿Qué es aquello?
¿*Ojos* y *bien* á una esclava?

RICARD. Vamos, Bárbara.

JUAN. Teneos:
esta jóven...

RICARD. Es mi esclava.

JUAN. Ni lo es, ni fué, ni ha de serlo.
Esta es mi mujer.

FERN. ¿Quién?

ELENA. Yo.

FERN. ¡Tu mujer la esclava! ¡Cielos!
Nunca viniera á mi casa.
Llevadla, señor, os ruego;
llevadla . que yo os perdono
lo que me ha costado.

ELENA. Quedo,
que soy... mejor que don Juan:
pues por agradecimiento
de que dejase por mí
dignidad, padres y deudos,
y sabiendo que queríais
vos nombrar por heredero
de vuestra hacienda á un esclavo,
me hice vender: este hierro

es fingido: yo me llamo
doña Elena Montenegro.
Soy noble, y no rica: asi
á esta señora la dejo
que se case con don Juan,
y yo á Triana me vuelvo,
contenta con haber sido,
para gloria de mi sexo,
la esclava de su galan.

SERAF. La accion que á casarme tengo,
señora, os doy por hazaña
de tanto valor.

FERN. Suspenso
de lo que mirando estoy,
digo que á don Juan le ruego
que os dé la mano y los brazos,
porque tan bizarros hechos
merecen premios mayores.

RICARD. *(A Serafina.)*
¿Y para mí no habrá premio?

FERN. ¿No sois don Ricardo?

RICARD. Sí.

FERN. Pues esperadlo.

LEONAR. *(Dando á Ricardo la mano de Serafina.)*
Tenedlo.

SERAF. No replico.

RICARD. Soy feliz.

JUAN. Y yo.

FERN. Y yo tambien.

PEDRO. Laus Deo.

ELENA. Te prometí devolver
cuanto perdiste por mí:
noblemente lo cumplí;
mas fué cumplir un deber.
No te pide tu mujer
paga por ello, don Juan:
prendas reuno, que harán
que me adore mi marido,
aunque yo no hubiera sido
esclava de mi galan.

FIN.

Pst! Pst
Entre Scila y Caribdis.
Al que no quiere caldo.
La piel del diablo.
Si buenas ínsulas me dan.!.
El Perro rabioso.
De qué?
La Herencia de mi tia,
La Capa de Joseí.
Alí-Ben-Salé-Abul-Tarif.
Los Apuros de un Guindilla.
El Sacristan del Escorial.
El sol de la libertad, loa.
Amarse y aborrecerse.
Trece á la mesa.
Dos casamientos ocultos.
Cinco pies y tres pulgadas.
A la Córte á pretender.
Con el santo y la limosna.
De potencia á potencia.
Las avispas.
El Aguador y el Misántropo.
Acertar por carambola.
El rey por fuerza.
Las obras de Quevedo.
Un protector del bello sexo.
No siempre lo bueno es bueno.
Huyendo del peregil.
El chal verde.
Como usted quiera.
Un año en quince minutos.
Un cabello!
El don del cielo.
La esperanza de la Patria, *loa.*
Alza y baja.
Cero y van dos.
Por poderes.
Una apuesta.
¿Cuál de los tres es el tio?
La eleccion de un diputado.
La banda de capitan.
Por un loro!
Simon-Terranova.
Las dos carteras.
Malas tentaciones.
Dos en uno.
No hay que tentar al diablo.
Una ensalada de pollos.
Una Actriz.
Dos á dos.
El Tio Zaratan.
Los tres ramilletes.
El Corazon de un bandido.
Treinta dias despues.
Cenar á tambor batiente.
Las jorobas.
Los dos amigos y el dote.
Los dos compadres.
No mas secreto.
Manolito Gazquez.
Percances de un apellido.
Clases Pasivas.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
Estrupicios del amor.
Mi media Naranja.
¡Un ente singular!
Juan el Perdío.
De casta le viene al galgo
¡No hay felicidad completa!
El Vizconde Bartolo.
Otro perro del hortelano.
No hay chanzas con el amor.
¡Un bofeton... y soy dichosa!
El premio de la virtud.
Sombra, fantasma y muger.
Cuerpo y sombra.
Un Angel tutelar.
El turron de noche-buena.
La Casa deshabitada.
Un Contrabando.
El Retratista.

ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS A TODA ORQUESTA.

El Padre Cobos.
Cosas de don Juan.
Una Aventura en Marruecos.
Haydé ó el secreto.
El tren de escala.
Aventura de un cantante.
La Estrella de Madrid.
Don Simplicio Bobadilla.
El duende.
El duende, segunda parte.
Las señas del archiduque.
Colegialas y soldados.
Tramoya.
Gloria y peluca.
Palo de ciego.
Tribulaciones!!
El Campamento.
Por seguir á una muger.
Buenas noches, señor don Simon.
Misterios de bastidores.
El marido de la mujer de D. Blas.
Salvador y Salvadora.
¡Diez mil duros!!
Los dos Venturas.
De este mundo al otro.
El sacristan de San Lorenzo.
El alma en pena.
La flor del valle.
La hechicera.
El novio pasado por agua.
La venganza de Alifonso.
El suicidio de Rosa.
La pradera del canal.
La noche-buena.
Una tarde de toros.
Partitura del duende, para piano y canto.

OBRAS.

Diccionario de la legislacion mercantil de España, por D. Pablo Avecilla.
Legislacion militar de España, por D. Pablo Avecilla.
Código penal reformado, ilustrado y anotado con citas y tablas de penas.
Curso de Derecho Mercantil de España, por el doctor D. Pablo Gonzalez Huebra.

PUNTOS DE VENTA EN PROVINCIAS.

Albacete. . .	D. Sebastian Ruiz.
Alcalá. . . .	Benigno García Anchuelo.
Alcoy. . . .	Viuda é hijos de Martí.
Algeciras. . .	Clemente Arias.
Alicante. . .	Pedro Ibarra.
Almagro. . .	Antonio Vicente Perez.
Almeria. . . .	Mariano Alvarez.
Andujar. . .	Domingo Caracuel.
Antequera . .	Joaquin Maria Casaus.
Aranda. . .	Manuel Martin Fontenebro.
Aranjuez. . .	Gabriel Sainz.
Arévalo. . . .	José Espinosa.
Avila.	Vicente Santigo Rico.
Avilés. . . .	Ignacio García.
Badajoz . . .	Sra. Viuda de Carrillo.
Baena. . . .	Francisco Fernandez.
Baeza.	Francisco de P. Torrente.
Barbastro. . .	Mariano Ferraz.
Barcelona . .	Juan Oliveres.
Idem.	José Piferrer y Depaus.
Baza.	Joaquin Calderon.
Bejar	Vicente Alvarez.
Berja. . . .	Francisco Asís de Robles.
Bilbao. . . .	Nicolas Delmas.
Borja	Manuel Marco Cadena.
Burgos. . . .	Timoteo Arnaiz.
Cabra. . . .	Manuel Rendon.
Cáceres. . . .	José Valiente.
Cádiz.	Viuda de Moraleda.
Calatayud . .	Bernardino Azpeitia.
Carrion . . .	Luis Agudo Luis.
Cartagena. . .	Juan Maestre.
Cervera. . . .	Joaquin Gasset.
Chiclana. . .	Manuel Alvarez Sibello.
Ciudad-Real.	Francisco Gallego.
Córdoba . . .	Rafael Arroyo.
Coruña. . . .	José Lago.
Cuenca. . . .	Pedro Mariana.
Écija.	Ciriaco Jimenez.
Figueras. . .	José Conte Lacoste.
Gerona. . . .	Francisco Dorca.
Gijon.	Vicente de Escurdia.
Granada. . .	José María Zamora.
Guadalajara .	Fermin Sanchez.
Habana. . . .	Charlain y Fernandez.
Haro. . . .	Pascual de Quintana.
Huelva. . . .	José V. Osorno é hijo.
Huesca. . . .	Bartolomé Martinez.
Igualada. . .	Joaquin Jover y Serra.
Jaen. . . .	José Sagrista.
J. la Frontra.	José Bueno.
Leon	Manuel Gonzalez Redondo.
Lérida. . . .	Manuel de Zara y Suarez.
Llerena . . .	Bernardino Guerrero.
Lisboa. . . .	Silva Junior.
Loja.. . .	Juan Cano.
Lorca. . . .	Francisco Delgado.
Lugo. . .	Manuel Pujol y Masia.
Lucena . . .	Juan Bautista Cadena.
Málaga . . .	D. Francisco de Moya.
Manila. . . .	Ramon Somoza.
Manresa. . .	Manuel Sala.
Manzanares. .	Dimas Lopez.
Mataró. . . .	José Abadal.
Medina Sidon.	Francisco Ruiz Benitez.
Mérida. . . .	Manuel de Bartolomé Diez.
Mondoñedo. .	Francisco Delgado.
Murcia . . .	José Galan.
Orense. . . .	José Ramon Perez.
Oviedo. . . .	Bernardo Longoria.
Palencia. . .	Gerónimo Camazon.
Palma. . . .	Pedro José García.
Pamplona. .	Ignacio Garcia.
Paris.	Lassale y Melan.
Plasencia . .	Isidro Pis.
Pontevedra. .	Manuel Verea y Vila.
Priego. . . .	Gerónimo Caracuel.
P. Sta. María.	José Valderrama.
Requena. . .	Antolin Penen.
Reus.	Juan Bautista Vidal.
Rioseco. . . .	Marcelino Tradanos.
Rivadeo. . .	Francisco F. de Torres.
Ronda. . . .	Rafael Gutierrez.
Rota.	Pedro Gomez de la Torre.
Salamanca. .	Rafael Hueba.
S. Fernando.	José Tellez de Meneses.
San Lucar. .	José Maria del Villar.
Sta. Cruz Tf.	Pedro M. Ramirez.
S. Sebastian.	Srcs. Domercq y Sobrino.
Santander. .	F. Fernandez Gallostra.
Santiago. . .	Sres. Sanchez y Rua.
Segovia. . . .	Eugenio Alejandro.
Sevilla. . . .	Cárlos Santigosa.
Idem.	Juan Antonio Fé.
Soria.	Francisco Perez Rioja.
Talavera. . .	Angel Sanchez de Castro.
Tarragona . .	José Pujol.
Teruel. . . .	Vicente Castillo.
Toledo. . . .	José Hernandez.
Toro.	Alejandro Rodrig. Tejedor.
Tortosa. . .	Crecencio Ferreres.
T. de Cuba.	Meliton Franc. de Revenga.
Tuy.	Manuel Martinez de la Cruz.
Valencia. . .	Francisco Mateu y Garin.
Idem.	Francisco de P. Navarro.
Valladolid. .	Felix Mateo.
Valls.	Cayetano Badía.
Velez Málaga	Antonio Maria Cebrian.
Vich.	Ramon Tolosa.
Vigo.	José Marìa Chao.
Vill. y Geltrú	Magin Bertran.
Vitoria. . . .	Bernardino Robles.
Ubeda. . . .	Francisco de P. Torrente.
Utrera. . . .	Juan de Alba.
Zafra	Juan de Dios Hurtado.
Zamora. . .	Manuel Ceno.
Zaragoza . .	Viuda de Polo.

El Círculo Literario Comercial se halla establecido en la calle de Fuencarral, casa Astrarena.